

RAUL LEONI EN EL TIEMPO



DAVID MORALES BELLO

**R A U L
L E O N I
E N E L
T I E M P O**

**TRANSCRIPCION DE CINCO
DISCURSOS PRONUNCIADOS POR
EL DOCTOR DAVID MORALES BELLO
SOBRE LA PERSONALIDAD
DEL EXPRESIDENTE RAUL LEONI**

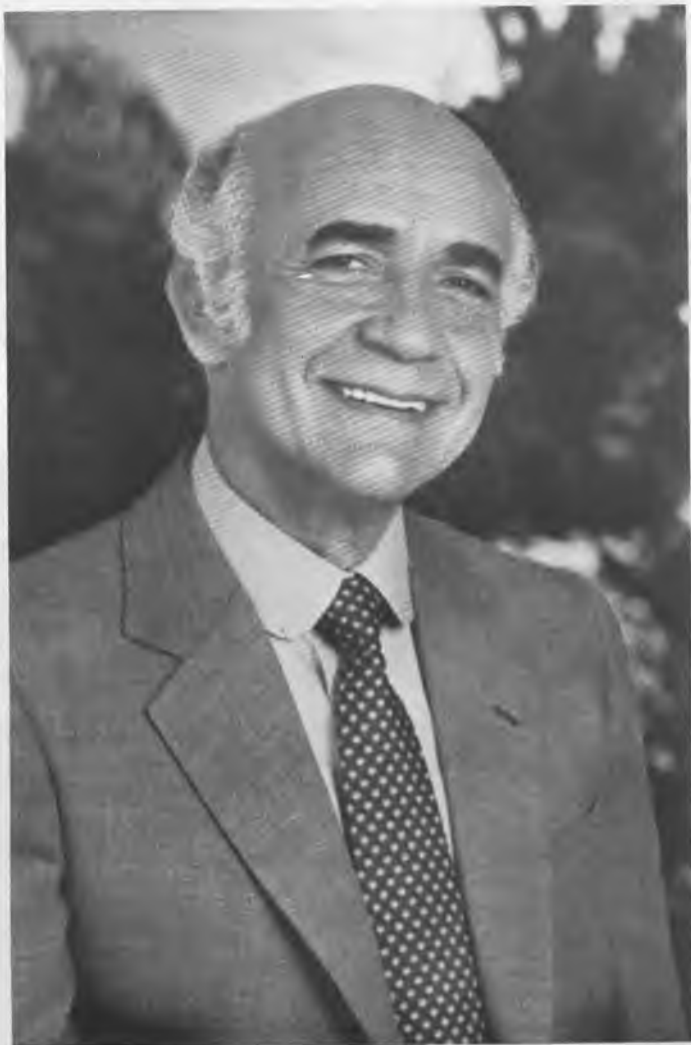




Dr. RAUL LEONI



BIBLIOTECA NACIONAL



Dr. DAVID MORALES BELLO

DEDICATORIA

Al Dr. Gonzalo Barrios, ejemplo de ciudadano esclarecido, valor permanente de Acción Democrática y ductor de la Venezuela que avanza hacia el futuro mejor que se merece.

PROLOGO

Mi entrañable amigo, compañero de Partido, doctor David Morales Bello, me ha distinguido para prologar o mejor dicho para hacer la presentación de tres de sus piezas oratorias que no necesitan presentación alguna. Estas piezas literarias las desarrolla David teniendo como sujeto a un hombre singular, a un hombre que es y debe ser modelo para las generaciones venideras por sus virtudes de civismo y su acendrado amor a esta nuestra tierra venezolana. Este singular venezolano es el Presidente Raúl Leoni. David tributa así un reconocimiento a su coterráneo que como él mismo anota: "Aquí nació, en la Guayana de cuyo vientre generoso hemos nacido también muchos...". Y así con la acuciosidad que lo caracteriza y quizás con recóndito amor filial, David Morales Bello, al primer año de la muerte del Dr. Raúl Leoni, se entrega de cuerpo entero en aquel memorable discurso en el Ilustre Concejo Municipal del Distrito Caroní del Estado Bolívar: "A 365 días del momento cuando entregamos sus restos mortales a la entraña de la tierra. A un año del adiós colectivo que todo el pueblo expresó con el recogimiento que causan las más profundas conmociones. Al introito del primer aniversario de la muerte de quien, como guayanés esclarecido, sintió vibrar profundamente en sí la fibra inconfundible del venezolano a carta cabal, henos aquí, sobre un pedazo de la patria chica que él tanto contribuyó a robustecer, en cita con nuestra capacidad afectiva y en encuentro con la realidad (que continuamos conformando en atención a sus nobles ideales), formalmente reunidos para rendir merecido homenaje a Raúl Leoni; a ese hombre de estructura interna tan bien construida, que vimos pasar por las más elevadas posiciones de conducción política sin alterar la sencillez de su personalidad y sin dejarse arrebatar por la soberbia, que para otros ha resultado ser condición inseparable del ejercicio del Poder".

Y así con maestría de consumado tribuno David nos adentramos en esta pieza oratoria, mediante un lenguaje claro, directo y preciso, sin giros rebuscados pero con unos matices que cautivan, hablándonos de su personaje, de Raúl Leoni "...No venimos... con lágrimas en los ojos para testimoniar el dolor experimentado ante su desaparición... La cita es... para recordar a quien... nada dejó de hacer... para servir a la causa popular...". Nos explica, no solamente el tránsito vital del ex Presidente, quien nació en El Manteco, aquel 26 de abril de 1905, sino la significación, y allí está su tarea singular, histórico política de Raúl Leoni en el acontecer democrático actual "...Raúl Leoni... vivió... convencido... de que quienes le niegan la libertad al pueblo, lo mantienen en la ignorancia y le impiden alcanzar estadios de progreso y prosperidad".

David, por vía del ensayo, nos describe con acierto el entorno de "el adolescente en función de dirigente" en aquella Venezuela de gran oscurantismo: "Vivía Venezuela el hito histórico de la lucha antigomecista y, ...allá en el año 1921, aparece Raúl Leoni, con su porte de estudiante liceista, identificándose en el reclamo justiciero con el gremio tranviarios...". Eran los tiempos de la férrea dictadura gomecista.

Y, para ser más elocuente en su descripción, precisa cierta lejanía entre el objeto y el sujeto, así recoge la expresión del propio Dr. Leoni: "Son muchos los años que he dedicado a luchar por la libertad y la independencia económica de los venezolanos. Cuando era apenas un adolescente mi afán de combatir la opresión política me llevó el año de 1921 a ser huésped de "La Rotunda" de Caracas, la más terrible de las cárceles del gomecismo".

Nos lleva de la mano David Morales Bello para presenciar como hecho actual, por la magia de su prosa, hechos retrospectivos que nos recuerdan mucho a Schöckel, a Chejov y a Baroja. Se describe mejor, no lo que estamos presenciando en este preciso instante, sino lo que presenciamos antes o lo que nos hacen presenciar y allí está el acierto de David. No son imágenes estáticas, muertas, hay vida plena en su descripción de la semana del estudiante del año 28, la huelga del pueblo de Caracas y el alzamiento del Cuartel San Carlos. Después, sin

excesos imaginativos, nos habla del destierro, de Raúl Leoni; luego, ya en el 28, la fundación de ORVE que es la génesis de Acción Democrática, "Partido en cuyas filas cultivó los mejores frutos de su lucha por la liberación integral del país, y desde cuyos escaños de conducción ejerció el liderazgo. Finalmente, Ministro, Senador, Constituyente y Jefe del Estado". Y como el gran biógrafo inglés Harold Nicolson, nuestro expositor hace semblanza de Leoni, no sólo del hombre político, sino del hombre de la cotideaneidad. Ese, el de todos los días: hogareño, afable, servicial, sin segundas intenciones. Esposo feliz, padre ejemplar. "A ese hombre, en quien la naturaleza depositó tantas cualidades y a quien la vida le exigió verdaderas cuotas de sacrificio antes y después de colocarlo en posición de realizar obra para los demás, la justicia humana le deparó la compañía feliz de Menca, la esposa y amiga, guayanesa también, que formó con él pareja ideal y junto con él procreó los cinco hijos que a ambos sucedieron. Hijos de hogar formado con sentido de responsabilidad y cuidado con el esmero que emerge al natural cuando se obra bajo los impulsos de buena levadura".

David, al hacernos imagen del biografiado, ofrece simplemente la relación de lo evidente y analítico, hace algo más que el registro de casos singulares. Entramos al mundo de la complejidad del ser humano y nos preguntamos ¿semejante imagen es justa?, y pudiera contestarnos David: Ninguna imagen del hombre es justa. Lo que es verdadero del hombre, como de todos los fenómenos naturales, es que obedece a determinados ritmos. Tan pronto resulta más particularmente consciente de su complejidad, como, por el contrario, comprende que no vale nada como ente social si no puede imponerse una unidad. Y David lo ha logrado al conciliar estas exigencias. El Dr. Leoni emerge de cuerpo entero en este discurso de David Morales Bello. Es oportuno anotar lo señalado por Maurois: "La búsqueda de la verdad histórica es obra de sabio; la de la expresión de una personalidad es más bien obra de artista; ¿pueden realizarse las dos al mismo tiempo?"

Con este discurso pronunciado por mi dilecto David, el 5 de julio de 1973, se disfruta plenamente; el espíritu se identifica con los más caros ideales de la Venezuela democrática. Logra así el tributo, no solamente a ese hombre llamado Raúl Leoni,

no solamente a la generación del 28, sino que también es un mensaje a la generación de relevo. "¡Raúl Leoni, que no nos olvidemos de seguir tu huella; que sepamos asimilar tus enseñanzas; que hagamos de tu ejemplo el camino a seguir para no desertar como decididos defensores del pueblo!"

Este discurso es la piedra angular de este trabajo de David Morales Bello, que lo completan su Discurso pronunciado en Ciudad Bolívar el 9 de julio de 1982 y el de Upata el 10 de julio de 1982. En este segundo Discurso de esta trilogía, David Morales Bello, en un estilo denso, cargado de connotaciones histórico-políticas, cálido en humanidades, nos enfoca a un Raúl Leoni profundo, humilde, creador, siempre al servicio de los demás. "La ausencia irreparable de Raúl Leoni y la sensación de presencia persistente que nos causa el conocimiento de lo que él fue para Venezuela, de lo que hizo, con independencia del tiempo, como procurador de la felicidad del pueblo al que se dedicó infatigablemente, y de lo que sembró con destino a la fructificación que hoy beneficia a todos los venezolanos por igual, se unen para traernos aquí, en este lugar de cita que reúne a la representación del conglomerado guayanés, a consignar la expresión de nuestra complacencia por haber contado con él a la hora de la fecundidad democrática sin mediatizaciones y a reiterar frases de reconocimiento para la obra que cumplió en la afanosa tarea que asumió como contribuyente eficaz en el proceso de consolidación de la vida en libertad que hoy hemos aprendido a valorar en su esencia y en su práctica".

David, al hablarnos de la vida del Dr. Leoni, que es un poco la vida de la patria a la cual tanto quiso y a la cual tanto sirvió, nos hace partícipes de sus angustias, de sus anhelos y de su acendrado civismo: "Nada de personalismos, de engreimientos, de prepotencia ni de superioridad. Noción de pueblo bien sentida y vivida a plenitud, como ocurre con cuanto deviene de la autenticidad sinceramente profesada. Promoción del perfeccionamiento institucional como infraestructura indispensable para el logro de las grandes transformaciones requeridas por Venezuela, con énfasis en lo económico, en lo cultural y en lo social. Las ideas de progreso y bien común aferradas a las metas de los compromisos impostergables. Civilizada convivencia. Recurrencia

a la seriedad. Invocación de las mejores virtudes que supone el gentilicio, para llamar a la reflexión y mover a la rectificación. Despojo de toda vanidad para decir con cautivante sencillez: "Este proceso de afirmación democrática ha sido posible porque en todo momento me mantuve apegado a mi natural inclinación hacia la tolerancia y la comprensión, procurando la convivencia de todas las tendencias, que es el modo civilizado de gobernar cuando solamente se tienen presentes el derecho ajeno y los grandes intereses del pueblo". Y el corolario natural: "Me siento tranquilo de saberme a la cabeza de un gobierno que no persigue a ningún ciudadano ni abriga odio ni resentimiento contra nadie". "Así construyó Raúl Leoni el destino que ahora la patria preserva como custodia de lo que merece pervivir".

Finalmente, en el tercero de estos discursos, completa David una semblanza del Dr. Leoni, una semblanza honrada, sin retoques ni maquillaje alguno, que nos recuerda mucho las palabras de Whitman a su biógrafo Mr. Traubel: "Un día escribirás sobre mí; procura escribir honradamente; hagas lo que hagas, no me embellezcas...". "Para rendir honor a un varón que en vida fue justo y bueno y que hizo de la integridad y la honradez una constante no limitada por las circunstancias ni por el tiempo, procede hablar de probidad; de esa virtud que es hombría de bien y que tanto influye en el respeto que los actos propios inspiran a los demás. Leoni fue un hombre probo que, con auxilio de su entereza personal, enfrentó con sobresaliente serenidad de ánimo, situaciones difíciles. Fue esa característica la que le generó el sosiego que se advertía en él cuando se lo observaba en medio de situaciones controversiales que a otros hacían perder la calma".

Más adelante nos habla de sus afanes para la creación del polo de desarrollo económico que sembró en Guayana "con miras a cumplir funciones de piedra angular del crecimiento nacional independiente del influjo petrolero...". Posteriormente destaca la presencia del Dr. Leoni en el reclamo del Esequibo: "En honor a Raúl Leoni debemos decir que aquel logro de la política exterior de su gobierno fue consecuencia directa de su actitud nacionalista al frente de la conducción de la República; la misma que lo guió a recuperar la isla de Anacoco, en la con-

fluencia del Cuyuní y el Venamo, y a no negar el amparo de la nacionalidad venezolana a los amerindios que, tras el fracaso del levantamiento de Rupununi, a comienzos de 1969, buscaron refugio aquí en nuestro Estado, huyendo de la cruel persecución efectuada por el gobierno guyanés”.

“... condujo con acierto admirable ese problema de gran delicadeza y de profundas raíces en nuestra evolución histórica como país libre, independiente y comprometido a no cesar en la defensa de la incolumidad territorial.”

Completa así, David Morales Bello, como fresco renacentista, el vasto escenario de su personaje, el Presidente Leoni, con ideas claras para abordar el futuro ante la actual encrucijada política, porque David entiende que nos toca recoger su lección, ya que vivimos tiempos de síntesis, de totalidades, del pacto social. No podemos concebir al país sin unir el pensamiento creador y la acción tesonera y metódica.

David ha logrado, en emocionado y cálido pensamiento, recoger, no solamente la esencialidad de ese admirado coterráneo, Raúl Leoni, sino difundir su ideología democrática, plasmar su pensamiento y entregarlo como modesto tributo ante la historia y las nuevas generaciones. ¡Enhorabuena!

JORGE GOMEZ MANTELLINI

**DISCURSO DE ORDEN PRONUNCIADO POR
EL DOCTOR DAVID MORALES BELLO, EN LA SE-
SION SOLEMNE CELEBRADA POR LA ASAMBLEA
LEGISLATIVA DEL ESTADO BOLIVAR, EN CIUDAD
BOLIVAR, EL 9 DE JULIO DE 1982, PARA RENDIR
HONOR AL DOCTOR RAUL LEONI AL CUMPLIRSE
DIEZ AÑOS DE SU MUERTE.**

— EXORDIO —

La ausencia irreparable de Raúl Leoni y la sensación de presencia persistente que nos causa el conocimiento de lo que él fue para Venezuela, de lo que hizo, con independencia del tiempo, como procurador de la felicidad del pueblo al que se dedicó infatigablemente, y de lo que sembró con destino a la fructificación que hoy beneficia a todos los venezolanos por igual, se unen para traernos aquí, en este lugar de cita que reúne a la representación del conglomerado guayanés, a consignar la expresión de nuestra complacencia por haber contado con él a la hora de la fecundidad democrática sin mediatizaciones y a reiterar frases de reconocimiento para la obra que cumplió en la afanosa tarea que asumió como contribuyente eficaz en el proceso de consolidación de la vida en libertad que hoy hemos aprendido a valorar en su esencia y en su práctica.

Tenaz en los buenos propósitos, Raúl Leoni formó filas entre quienes vislumbraron, por encima de las tinieblas dictatoriales que ahogaban al país en la época gomecista, el amanecer que daría lugar al juego de las ideas y a la contrastación libre de las argumentaciones para hacer realidad la determinación independiente y soberana.

Con pasta de organizador y organizado él mismo desde su introducción a la mocedad, despunta en los cuadros juveniles de la Federación de Estudiantes, convertida en barrera de la dignidad nacional frente a la satrapía, y pasa de la cárcel al destierro, en apresurada promoción hacia la vanguardia que habría de iniciar, años después, el desenvolvimiento democrático moderno por cuya virtud el país traspasaría la herencia dictatorialista y se daría a sí mismo la estructura sobre la cual descansa la contemporánea realidad nacional.

Intelectual con permanentes inquietudes de superación, este hijo de Guayana supo optar por el camino de los estudios en búsqueda apasionada de justificaciones convincentes para sus personales intuiciones, y eso lo puso a salvo de caer en el aventurerismo.

TRAZOS ESTRUCTURALES

Creó sensatamente en las perspectivas de la grandeza ínsita en el respeto a la condición humana de los demás, y, a la par que puso todos sus esfuerzos al servicio del triunfo de las ideas que siempre defendió, inteligentemente mantuvo en alto la antorcha del aprendizaje, disciplinándose en el campo de la filosofía que surte de fundamentos doctrinarios la confluencia social de la democracia política que lo contó entre sus más calificados partidarios en Venezuela.

Esa formación filosófica y la cultura que adquirió al contacto con pensadores y escritores de alcances ecuménicos le modelaron su inclinación natural al comportamiento sano y provechoso e hicieron de él al hombre de bien que todos conocimos, de trato afable y amistoso, pero aferrado a los principios esenciales que se le volvían razón de ser a cada paso del camino.

Persuadido de que muchos de los males sufridos por la patria tuvieron como punto de partida el ensimismamiento egoísta de quienes se antepusieron a cualquier consideración de carácter general, y convencido por lo mismo de que se hacía necesario sustituir los esquemas de la mezquindad por las bondades de la generosidad, armó su propia estructura sobre el comportamiento centrífugo que lo caracterizó y se volcó resueltamente hacia afuera, en una constante que excluyó en él cualquier manifestación de caudillesca prepotencia.

Creó en el equilibrio y lo practicó, pero más como dictado de la sensatez que como efecto del uso de la fuerza.

Buscó y sumó muchos partidarios, pero para colocarlos a su lado y dispensarles el trato humanizado con el cual los honró y no para someterlos a la incondicionalidad degradante que jamás significó para él demostración de solidaridad edificante.

Idealista, en fin, de la democracia humanizada, encontró en su personalidad la mejor fuente desde donde nutrir los propósitos de siembra que atendió con esmero y con auténtica vocación de predestinado luchador social.

EL LABORALISTA VOCACIONAL

Fue esa vocación lo que lo guió por la senda del estudio de las leyes. No se hizo abogado por azar. Sabía que en las fuentes del Derecho podía desentrañar el por qué de su deseo de hacerse abogado. Y a fe que lo encontró y que le satisfizo la explicación que a sí mismo se dio, porque mantuvo siempre fiel el recuerdo de la búsqueda estudiantil y en más de una oportunidad, ya en la cima del poder, recordó con satisfacción lo que la Universidad le comunicó cuando llegó a sus rincones de abstracción deseoso de adquirir los conocimientos jurídicos fundamentales que asimiló con reconocida propiedad.

La misma vocación lo hizo inclinarse, en el campo del Derecho Social, hacia el Derecho Laboral. Allí contribuyó, como quien más, al mejoramiento de las normas que rigen en nuestro país la relación obrero-patronal, y aportó, en la esfera interpretativa, concepciones de avanzada que la organización sindical venezolana guarda con emocionada devoción e invoca en reclamo de derechos que Raúl Leoni precisó con la actitud justiciera que mantuvo en alto durante toda su existencia.

SU CARACTERISTICA FIDELIDAD

Fue significativa en Raúl Leoni su definición inequívoca frente a los hechos y circunstancias que le correspondió vivir en diferentes etapas del acontecer nacional.

Como estudiante lucha desde la barricada juvenil. Alterna los estudios de Derecho con la protesta ante el dictador adueñado de la conducción nacional de los venezolanos y vive su condición de desterrado en concordancia con la prosecución universitaria y la difusión de sus ideas que esparce y defiende para hacerlas prosperar con el auxilio del tiempo.

Todo lo hace con cristalina fidelidad. Sin sonoridad pero con firmeza. No empleado a fondo para ser el puntero de aquel

difícil devenir sino en cumplimiento de lo que su conciencia revolucionaria le indicaba realizar para bien del triunfo impersonal con el cual había pactado en provecho colectivo de los más.

Bien pudiera decirse que desde temprano adivinó el mejor camino a seguir, no por fácil sino por atractivo para lo que en él representaba valor prioritario. O que, en forma más consciente, desde ese entonces se trazó un plan de trabajo para atender los objetivos próximos a manera de medios eficaces para alcanzar los fines lejanos, haciendo siempre las cosas de todo corazón, sin rodeos y sin confusiones.

Estudiante, luchador social, protagonista de hitos históricos en la búsqueda de la libertad para su pueblo; conductor político, legislador y gobernante, fueron aristas sobresalientes de su dirección inequívoca hacia la meta suprema de la causa popular; aceptando la discusión de sus ideas, transigiendo en beneficio del fin último que buscaba asegurar, admitiendo los dictados de la flexibilidad en aras de la conveniencia nacional, pero siempre firme en sus creencias afianzadas en el conocimiento esclarecedor de la verdad. Con optimismo y fe en las posibilidades de avanzar, se le vio recorrer estadios de una bien definida perspectiva, irradiando confianza en lo que hacía sin apartarse del respeto a la autenticidad, como seguro de no serle imposible llegar a la cima de sus propósitos despersonalizados.

Su fidelidad por la causa abrazada lo llevó a no interrumpir el trabajo emprendido desde los albores de la juventud. Se entrenó en el ejercicio de responsabilidades que exigían la experiencia ajena a la corta edad y cuando, con el transcurso del tiempo, pudo sumar la experiencia a la actuación, sus ejecutorias guardaron ejemplarizante concordancia con lo anunciado en preterito acontecer surtido del impulso proveniente de la intuición.

EL BUEN PADRE DE FAMILIA

En la obra de Raúl Leoni, como contribuyente eficaz al progreso democrático del país, no se observan trazas de interrupciones provenientes del tiempo perdido. Como tampoco cabe hacer diferenciación para separar el cumplimiento de sus responsabilidades enmarcadas en el ámbito político-social de su comporta-

miento individual y de su figuración como hombre de hogar, apegado a principios por cuya virtud su respetabilidad se hizo global, ofreciéndonos en su integridad lo que conceptualmente significamos al llamarlo buen padre de familia.

De una decisión de corte personal e íntimo, como se pudiera decir, Raúl Leoni supo derivar la complementación de carácter general que Venezuela entera reconoció en esa gran intérprete de sus inclinaciones que fue su esposa Menca, conservada en el recuerdo afectuoso del pueblo con el cariño que se ofrece a los intérpretes fieles de los sentimientos arraigados en la sencillez con la que ella se identificó.

Menca fue ducto humanizado que vitalizó de manera excepcional las relaciones de amistad y comprensión entre el dirigente político que fue Raúl Leoni y la generalidad del pueblo, cuyos hombres y mujeres testimonian con sano orgullo y sin disminuciones por tiempo transcurrido, el amor que les inspiró.

Por Menca el pueblo venezolano conoció más y mejor el fruto de la condición humana hecha presente en aquel Presidente guayanés, cuyo prestigio se robusteció en virtud de la obra de bien patentizada por su mujer.

Antagónico al personaje de Kiplin en "El hombre que quería ser rey", Raúl Leoni se adentró en lo más profundo del respeto y del cariño del pueblo llevando de la mano a quien espiritual y materialmente tanto lo ayudó a cultivar el afecto de sus gobernados y a quien, como madre de sus hijos, amiga de sus amigos e indeclinable procuradora de la felicidad conyugal, formó con él la pareja ideal consustanciada en los principios defensores de la familia como núcleo generador de la mayor suma de bienes para la sociedad.

EL CONDUCTOR FLEXIBLE Y PACIENTE

Además de constante en el esfuerzo, Raúl Leoni fue un conductor político flexible y paciente. Condiciones que lo situaron distante del atropello y de la prepotencia en perjuicio de quienes disintieran de su manera de pensar, de actuar y gobernar.

De su flexibilidad da fe su característica disposición a escuchar argumentaciones y razones sin discriminar entre partidarios

y adversarios de su línea de acción, y de su paciencia habla su serenidad para enfrentar y afrontar situaciones exigentes, bien provinieran de la victoria o de la pérdida en el campo de las confrontaciones.

Todo esto sin caer en complacencias reveladoras de poca personalidad ni en desdibujamientos contrarios al racional mantenimiento de los principios nutrientes de la autoridad.

La discreción. Esa virtud que aconseja "no decir más de lo que haga falta, a quien haga falta y cuando haga falta", formó parte de los dones personales de Raúl Leoni, cuya autoridad, más de un vez, se vio realizada por un oportuno silencio significativo de concentración y de orden. En él, la afabilidad necesaria para despertar simpatías en el equipo de colaboradores no fue óbice para guardar reserva y gravedad en torno a los asuntos delicados e importantes que condujo desde las altas posiciones que ocupó.

EL HOMBRE CULTO

Fue igualmente Raúl Leoni un hombre culto que encontró en la práctica del aprendizaje la serenidad que irradiaba su manera de ser. Sus estudios le permitieron dar vida a las ideas sobre el mundo viviente, ensanchándole la inteligencia de la que jamás fue un exhibicionista. Pudiéramos decir que estuvo dotado de inteligencia simple, por contraste con esas inteligencias complicadas que terminan generando complejo de superioridad. Como también estuvo dotado de inteligencia acogedora que le permitió desenvolverse con naturalidad en los equipos con los cuales compartió responsabilidades de orden diverso.

"Hay que saber escuchar mucho y hablar poco, decía Richelieu, para actuar bien en el gobierno del Estado".

Esta parecía ser una lección bien asimilada por el Presidente Leoni quien, con su inequívoco y demostrado carácter, más de una vez hizo callar a charlatanes de quienes nada importante esperaba escuchar.

Gobernó bien porque lo hizo después de haber aprendido mucho y porque lo hizo consciente de que, democráticamente,

los pueblos no se mandan sino que se gobiernan con claro sentido de las posibilidades. Por eso, sus proyectos encontraron vías de realización, enmarcados como siempre estuvieron en las condiciones presentes y en el momento hecho marco de posibilidades.

EL GOBERNANTE PRUDENTE

El "puedo ir hasta allí" fue una norma de prudencia gubernamental observada en el gobierno de Leoni. De allí, el discurrir sin precipitaciones característico de su actuación y el grado de progreso seguro y real alcanzado por Venezuela durante los cinco años de su ejercicio presidencial.

Pero ese discurrir sosegado y firme no lo echó en brazos del tedio ni de la rutina. Leoni transformó en buena parte la vida nacional, agilizando sus estructuras tradicionales, comunicándole dinamismo al proceso de industrialización, auspiciando el crecimiento de las ciudades al mismo tiempo que estimulaba el aumento de la producción rural. El proceso de la reforma agraria, como fórmula aseguradora de mejores condiciones de vida para el campesino, recibió de él esmerada atención.

El no haber sido vanidoso no autoriza a calificar al Presidente Leoni de gobernante ineficaz. El que condujera al país como lo hizo: con serenidad y con ánimo de conciliación, no puede dar pie para negar las bondades de su actuación en provecho del interés nacional.

En ese juego de cara o cruz en que se desenvuelven los gobernantes, Leoni laboró sumando los frutos del presente finito en pro del futuro destinado a perennizar. De allí, que al cabo de estos diez años de su muerte la gloria de lo alcanzado por él desde la Primera Magistratura muestre características de crecimiento impulsado por el tiempo.

Algo muy propio de su carácter, de su manera de ser como conductor nada inclinado a la búsqueda de la notoriedad por la vía de lo estrepitoso y de la ostentación.

Lo que perdió de azaroso el desenvolvimiento nacional venezolano durante el gobierno de este sobresaliente hijo de Guayana lo ganó, y con creces, en el terreno de la pacificación, en el campo

de la conversión hacia el logro de un entendimiento racional entre todos los interesados en mejorar la calidad de vida del venezolano, en siembra de insumos para provocar el surgimiento de asideros aseguradores de la estabilidad económica que el petróleo no tiene en sí.

LA CONFIANZA EN GUAYANA

Su intuición de estadista y su probado amor por Venezuela le hicieron fincar el talón en el vientre de nuestra tierra guayanesa, confiándole la esperanza democrática de un futuro económico cimentado en nuestra propia manera de aumentar, con sentido creativo, la riqueza nacional.

Vislumbró la potencialidad del auge guayanés y puso en práctica su devoción por la democracia social al hacer énfasis en el progreso colectivo a derivar del polo de crecimiento económico constituido por las industrias básicas fomentadas en el territorio del Estado.

El capitalismo de Estado característico del sistema político consolidado en Venezuela tuvo en Raúl Leoni uno de sus más decididos promotores. En Guayana se siente así, en interpretación acertada de una realidad superior a la mayor suma de embates provenientes de la mezquina rivalidad.

Si en algún lugar geográfico del país Raúl Leoni remarcó su condición de gran venezolano, ese lugar fue, sin duda, la Guayana que lo vio nacer, pero no por contracciones de un regionalismo empequeñecedor sino por su visión extendida hasta todos los horizontes y su certeza para escoger el ángulo más fértil donde depositar los recursos llamados a constituir el venero de la vida nacional deslastrada del desasosiego petrolero que para él fue estímulo conductor a un quehacer retributivo y firme.

Nuestro reconocimiento para Leoni al evocar la obra que cumplió, no es respuesta agradecida para el paisano que se hiciera acreedor de especiales simpatías, sino expresión justa de un sentimiento inspirado en la devoción que él tuvo por el progreso regional como fuente de mejoramiento colectivo.

Su empeño en patrocinar la prosperidad del país, levantándole columnas de sustentación donde mejores condiciones facilitarían la tarea propuesta, resultó de aplicar, desde las esferas gubernamentales, su vocación por la justicia. Así lo hizo constar cada vez que hubo de referirse a su propia animación, al porqué de su manera de gobernar, a la espiritualidad motivadora de su orientación como Primer Mandatario nacional. Vocación por la justicia que lo llevó a la actuación equitativa y a la búsqueda constante del equilibrio capaz de generar el bien común para el país.

EL APEGO POR LA JUSTICIA

¿Cuál otro sentimiento distinto al de su apego por la justicia lo llevó a intervenir como lo hizo en el caso de nuestra reclamación sobre el territorio esequibo?

Conocedor de los pormenores del despojo perpetrado por el terrófono imperialismo inglés y consciente de todo lo ocurrido durante el tránsito histórico que culminó con el Laudo de París emitido en el año 1899, Raúl Leoni, como responsable por excelencia de la política exterior a cargo del gobierno presidido por él, asumió la firma del Acuerdo de Ginebra, otorgado por nuestro país, Gran Bretaña y la entonces naciente República Cooperativa de Guyana, para obtener, tras largos años de negaciones sucesivas, el reconocimiento del reclamo y el compromiso inevitable de concurrir a la mesa de las discusiones para procurar una fórmula práctica conducente a ponerle fin, pacíficamente, al diferendo.

Inteligente y promisorio, el Acuerdo de Ginebra aprobado por unanimidad parlamentaria en las Cámaras Legislativas Nacionales del país constituye testimonio irrefutable del acierto de Raúl Leoni en el manejo de los asuntos más complejos de la vida nacional.

Hubo acuerdo general en que habíamos encontrado, por fin, una cabeza de puente desde donde actuar llevando nuestra reclamación bajo el amparo de normas enmarcadas en el Derecho Internacional.

Pasábamos del toque de la puerta en solicitud de entrada a la mesa de discusiones al lugar destinado a las partes de una

controversia que ya no se limitaba a la protesta y a la respuesta negadora del derecho a reclamar lo sustraído bajo el imperio de la fuerza. Y esa fue la partida de nacimiento de la situación que hoy volvemos a invocar en demanda de una justicia a la que el gentilicio nos prohíbe renunciar.

REFLEXIONES SOBRE EL ESEQUIBO

En su propia expresión, Raúl Leoni consignó respecto al Acuerdo de Ginebra estas elocuentes frases dirigidas al Congreso de la República y al pueblo todo de Venezuela:

"Pocos venezolanos pueden sentir tan intensamente como yo la justicia de esta reclamación; porque soy nativo de Guayana y porque en las magistrales lecciones del doctor Lorenzo Herrera Mendoza, mi Profesor de Derecho Internacional en la Universidad Central de Venezuela, aprendí a valorar la magnitud de la componda que nos despojara de una valiosa porción de nuestro Territorio. Por tener un concimiento exacto de la historia de nuestra reclamación y un claro criterio sobre los fundamentos jurídicos de la misma, así como de la existencia de una sentencia írrita, con apariencia de cosa juzgada, impartí precisa autorización al Canciller Iribarren Borges para que suscribiera en nombre de Venezuela el Acuerdo concertado con la Gran Bretaña y la Guayana Inglesa, en Ginebra, ya que tengo la bien fundada convicción de que él reabre el caso de la Guayana Esequiba, ofreciendo a Venezuela una oportunidad, como nunca tuvo antes, para hacer valer sus derechos y conseguir la reparación del daño que nos causara el doloso Laudo de París...".

"Si este Acuerdo fuere aprobado por el Congreso, como lo aconseja el interés público, el Gobierno Nacional quedaría comprometido ante la Nación y ante la Historia a trabajar con inteligencia, devoción, entereza y desvelada preocupación para recuperar para Venezuela el vasto territorio del que fuimos dolosamente despojados...".

Ninguna interpretación más auténtica, más verdadera, de aquel paso de avance en nuestra reclamación sobre el Esequibo que la consignada por Raúl Leoni al hacer constar ante la representación popular del país, el espíritu, propósito y razón de ese

acto de gobierno cumplido por él y elevado a la categoría de ley de la República mediante la aprobación prevista en el Texto Constitucional.

Y ninguna otra frase más reveladora de lo que ocurrió al tenderse una cortina de inoperatividad sobre los presupuestos procedimentales del Acuerdo, sometiéndose voluntariamente Venezuela, mediante el Protocolo de Puerto España, a una dejación que significó desarmar por doce años los resortes de la previsión internacional y caer en lo contrario de lo definido por Leoni como compromiso histórico de trabajar, "con inteligencia, devoción, entereza y desvelada preocupación" para hacer efectivo el derecho fundamentado en la usurpación perpetrada por el colonialismo inglés.

Guyana, que al obtener su independencia del Reino Unido había escuchado del gobierno de Leoni reserva expresa de nuestros derechos sobre el territorio que se extiende al oeste de la línea media del Río Esequibo, desde su nacimiento hasta su desembocadura en el Atlántico, se vio favorecida por circunstancias de hecho que nuestro país no ha debido auspiciar y que dieron lugar a las complejidades frente a las cuales volvemos hoy a invocar el compromiso internacional contemplado en el Acuerdo de Ginebra firmado en la época de Leoni.

Fue también su acendrada noción de justicia y su convencimiento de la verdad histórica fortalecida por la inequívoca fundamentación jurídica de nuestra reclamación en el Esequibo, lo que llevó a Raúl Leoni a la reafirmación de nuestra soberanía sobre la Isla de Anacoco, ubicada en la confluencia del Cuyuní y el Venamo. Hecho que tuvo lugar en los primeros días de julio de 1966 y que significó recuperar unos ciento cincuenta kilómetros del territorio usurpado.

Raúl y Menca, en gesto propio de quienes, por igual, se sentían raizalmente vinculados en los episodios que aquí en Guayana se conocen como constitutivos de la violenta amputación territorial aplicada por los ingleses al área geográfica del Estado Bolívar, se hicieron presentes en Anacoco y recorrieron en una lancha de la Guardia Nacional parte del río Cuyuní.

respetable de nuestra soberanía y, desde entonces, allí flamea el tricolor venezolano.

También se explica como derivación de su firmeza nacionalista la posición asumida por Leoni al tener lugar, a comienzos de 1969, el levantamiento de Rupununi, en la Guayana Esequiba.

En recuento para el Congreso, el Presidente se expresaba así:

“Una despiadada represión comparable solamente con las perpetradas en algunos países de lejanas latitudes, conducida conforme a los intereses de un racismo inconcebible en nuestra América, ha llevado sangre y terror, desolación y muerte a una tierra que forma parte de este Continente de la libertad y de la esperanza. El gobierno venezolano no ha tenido la menor ingenerancia en tales sucesos, pero ha considerado su obligación de amparar con la nacionalidad venezolana a los perseguidos que aquí se refugiaron, por tratarse de naturales de esa vasta porción de nuestro territorio que, a fines del siglo pasado, nos escamoteara un laudo venal, teñido de la voracidad imperialista entonces en boga. A estos refugiados venezolanos les estamos brindando no sólo apoyo moral sino que les prometemos tierra, crédito, vivienda e implementos de trabajo, porque son gentes laboriosas que no quieren ser carga para una patria que les ha abierto sus brazos fraternales”.

Apoyo moral y material que lastimosamente no fue duradero, no porque Leoni cambiara de parecer sino porque el gobierno que sucedió al presidido por él entendió las cosas de otra manera y sustituyó el amparo en nombre de la nacionalidad y del respeto a la condición humana de los desvalidos por el abandono de esos infelices a su peor suerte, convirtiéndolos en parias y olvidándose de que se levantaron contra el gobierno guyanés invocando el principio de autodeterminación de los pueblos, que tan caro es al sentir democrático venezolano.

SU FIRMEZA HABITUAL

Así actuó Raúl Leoni desde la Presidencia de la República, en consonancia con la que fuera indeclinable línea de conducta en toda su extendida actuación pública en el país. Con firmeza.

Con apego a los principios rectores de su bien ganada respetabilidad, pero flexible y hasta bondadoso donde quiera que así se lo aconsejaba su clara conciencia del papel que debía cumplir como promotor de la felicidad de todos los venezolanos.

Por lo mismo, jamás se resistió a ensayar fórmulas de entendimiento para armonizar los propósitos de su gobierno con la colaboración a obtención de cuadros políticos e individualidades distantes de su propia organización partidista. Y fue así como, dentro de lo que permitía la entonces existente realidad nacional, apenas iniciada su gestión presidencial, incorporó a los cuadros gubernamentales la presencia de partidos que no lo habían apoyado en el momento electoral pero que significaba la apertura de compás con la que buscaba atender más ampliamente las exigencias de su alta investidura.

Con resolución de primer orden enfrentó, en la medida de lo necesario, los intentos de acabar con la vida democrática del país; pero no se ensañó contra sus derrotados adversarios sino que les abrió las compuertas de la rectificación, invitándolos a incorporarse a la vida útil reclamada por el interés nacional.

La aplicación que hizo de la Ley de Conmutación de Penas por Indulto o Extrañamiento del Territorio Nacional constituyó oportunidad valiosa para muchos venezolanos que quisieron revisar sus vinculaciones con la violencia y el terror como método de oponerse al gobierno legítimamente constituido.

Con justicia se ha dicho que Raúl Leoni fue el iniciador de la pacificación política venezolana posterior a los sacudimientos subversivos ocurridos a inicios de los años 60.

FRUTOS DE SU GOBIERNO

Consecuencia de su efectividad en el orden propiamente político de la conducción nacional fue la pronta y provechosa respuesta que el país tuvo ante las políticas que impulsó para el fomento del proceso expansivo que le correspondió presidir. El crecimiento del producto territorial bruto, del producto per cápita, del proceso de diversificación económica y de la paz laboral fueron signos característicos de su gestión gubernamen-

tal que presencié, para bien colectivo, el aumento del producto agropecuario, de la industria manufacturera, de la correspondiente a la generación de energía eléctrica, de la minera y la de la construcción.

Entusiasta de la Reforma Agraria, Leoni comprendió que no había que descuidar el proceso productivo, y, por lo mismo, desde su primer año de actuación facilitó auxilio financiero a los productores rurales, que recibieron también de su gobierno oportuna asistencia técnica para mejorar cosechas de frutos y animales destinados a la alimentación popular.

Deseoso de trabajar, de rendir, de llevar adelante sus planes para el crecimiento sin detenciones del progreso y del bienestar del país, Raúl Leoni se mostraba quejoso de la terca actitud que algunos grupos de desadaptados mantenían en puntos apartados de la geografía nacional, ofreciendo siempre, aunque con pesar, mantener permanente vigilancia y aplicar todo el peso de los procedimientos represivos contemplados en la ley para resguardar las libertades democráticas y el desenvolvimiento pacífico de la ciudadanía.

“A pesar del daño causado por la persistente actividad de esos grupos de obcecados, siempre me he mantenido en disposición de adoptar prudentes medidas dirigidas a consolidar la pacificación del país y a facilitar el regreso a la legalidad democrática de cuantos han manifestado su propósito de rectificar una conducta equivocada abandonando la pretensión de querer imponer por la fuerza una ideología que no tiene cabida en este Continente tan apegado a la libertad y a la dignidad del hombre”.

Esto decía Raúl Leoni ante el Congreso, al dar lectura a su II Mensaje Presidencial del 11 de marzo de 1966 y añadir: “Por eso mismo, en el curso de mi gobierno también he usado mis facultades de conceder indultos y de suspender o sobreseer en los procesos militares, en favor de ciento sesenta y siete compatriotas, enjuiciados o condenados por delitos y atentados contra el orden constitucional. Y dentro de unos pocos días adoptaré iguales medidas en favor de otro grupo de encausados, entre los que figuran algunos bien conocidos en la política venezolana”.

Esa era su meta: hacer del cumplimiento del deber un punto de partida para facilitar, al mayor número posible de venezolanos, soluciones favorables a las situaciones en que, individual o colectivamente, pudieran haberse visto envueltos.

La idea del buen padre de familia, que, sin dejar de prestar la máxima atención a sus obligaciones derivadas del fiel cumplimiento del deber empeñado, podía decir también ante la representación popular reunida en Congreso: "El pueblo quiere, como lo quiere el Gobierno, trabajo y acción para seguir impulsando el desarrollo económico y democrático de Venezuela, que con sus fabulosas riquezas, sus cuantiosos medios financieros y sus grandes recursos humanos, sólo necesita el fortalecimiento de la confianza pública dentro de un clima de provechoso entendimiento colectivo, para poder continuar con paso firme su marcha hacia la realización de su gran destino americano".

Nada de personalismos, de engrimientos, de prepotencia ni de superioridad. Noción de pueblo bien sentida y vivida a plenitud, como ocurre con cuanto deviene de la autenticidad sinceramente profesada. Promoción del perfeccionamiento institucional como infraestructura indispensable para el logro de las grandes transformaciones requeridas por Venezuela, con énfasis en lo económico, en lo cultural y en lo social. Las ideas de progreso y bien común aferradas a las metas de los compromisos impostergables. Civilizada convivencia. Recurrencia a la seriedad. Invocación de las mejores virtudes que supone el gentilicio, para llamar a la reflexión y mover a la rectificación. Despojo de toda vanidad para decir con cautivante sencillez: "Este proceso de afirmación democrática ha sido posible porque en todo momento me mantuve apegado a mi natural inclinación hacia la tolerancia y la comprensión, procurando la convivencia de todas las tendencias, que es el modo civilizado de gobernar cuando solamente se tienen presentes el derecho ajeno y los grandes intereses del pueblo". Y el corolario natural: "Me siento tranquilo de saberme a la cabeza de un gobierno que no persigue a ningún ciudadano ni abriga odio ni resentimiento contra nadie".

Así construyó Raúl Leoni el destino que ahora la patria preserva como custodia de lo que merece pervivir.

La justicia inmanente a la sociedad democrática le permitió destacarse sin recurrir a los artificios contrastantes con los rasgos sobresalientes de su personalidad.

La obra de engrandecimiento nacional realizada por él guardó paralelismo edificante con el impulso que comunicó al rescate de valores esenciales de nuestra sociedad con núcleo generador en el seno de cada familia. Fue tan importante para él la organización colectiva como el individuo —hombre o mujer— en plan de objeto de la atención gubernamental. No dirigió su mirada comprensiva únicamente hacia el ciudadano, con derechos que invocar y deberes que cumplir. La extendió por igual hacia el ser humano individualizado en cada cual, ofreciéndose para mitigar la sed de justicia y dando de lo suyo a los necesitados de su protección.

EL RECUERDO IMPERECEDERO

Las lágrimas que marcharon tras su cortejo fúnebre y las que en multitud de hogares venezolanos se deslizaron por los rostros de los espíritus acongojados por la noticia de su muerte adelantaron el reconocimiento que toda Venezuela tiene para él como forjador democrático que no tuvo necesidad de deshumanizarse para alcanzar los niveles sobresalientes de la celebridad.

AMPLITUD EN LA OBRA DE BIEN

Amante de su patria, la sirvió con devoción y dejó para ella cuanto hizo como político, como estadista, como parlamentario, como jurista, como gobernante dotado de sobresaliente sentido de responsabilidad; como venezolano cabal que jamás echó en el olvido la condición superadora de su procedencia guayanesa.

Amante de su esposa, la colmó de atenciones personales y la erigió en compañera insustituible de sus inquietudes y de sus anhelos por servir a todos de la mejor manera y en la forma más provechosa para la convivencia pacífica y humanizada.

Amante de su familia, le rindió respetuoso culto a sus progenitores y con el trato afable que le era peculiar hizo de todos y cada uno de sus hijos notas armoniosas de un concierto ejemplar.

Amante de la amistad, su amor al prójimo le proporcionó la aceptación general de la que se vio siempre rodeado.

COROLARIO

Por amigos, venimos hoy aquí a dar fe de un sentimiento colectivo.

Por compañeros, hacemos acto de presencia en este reconocimiento a su fidelidad para con la causa popular que a él nos unió.

Por compatriotas, interpretamos el sentir del gentilicio agradecido por cuan noble y grande fue en todo cuanto lo relacionó con los altos valores de la nacionalidad.

Por demócratas convencidos, sumamos nuestra voz al coro que entona la oración del recuerdo como tributo a uno de los venezolanos que mejor ha sabido interpretar los principios rectores de la vida en libertad.

Por nacidos, como él, del fecundo vientre guayanés, extendemos nuestro abrazo fraternal a todos cuantos en Venezuela lo sienten suyo, manifestando nuestra gratitud por haberlo querido y guardado en el recuerdo tanto como lo quisimos y lo guardamos nosotros, con sano orgullo, los unidos por el dolor de su desaparición.

Y por humanos, desprovistos de cualquier rasgo de ostentación intelectual, venimos en búsqueda, otra vez e incansablemente de sus consejos sabios sobre el buen vivir, para aprender de él —del Raúl Leoni sencillo y profundamente humano— las lecciones que plasmó mediante el ejemplo de su fructífera y sana existencia.

Señores.

(Ciudad Bolívar, 9 de julio de 1982).

**DISCURSO DE ORDEN PRONUNCIADO POR
EL DR. DAVID MORALES BELLO EN EL CONCEJO
MUNICIPAL DEL DISTRITO PIAR DEL ESTADO BO-
LIVAR, EN UPATA, EL 10 DE JULIO DE 1982, AL
CONMEMORARSE, EN SESION SOLEMNE LOS
DIEZ AÑOS DE LA MUERTE DEL DR. RAUL LEONI.**

**Honorables señores miembros del Concejo Municipal del Distrito
Piar del Estado Bolívar;**

**Honorables señores representantes del Poder Legislativo
Nacional;**

**Honorables señores representantes del Poder Legislativo del
Estado Bolívar;**

**Honorables señores representantes de las Fuerzas Armadas
Nacionales;**

**Honorables señores representantes de la Iglesia, de las organiza-
ciones políticas, culturales, estudiantiles y comunales de la
localidad;**

**Muy queridos amigos familiares del Dr. Raúl Leoni;
Pueblo de Upata:**

Ayer tarde, cuando asistíamos al funeral que en la Catedral de Ciudad Bolívar ofició Monseñor Pinto en recuerdo de Raúl Leoni, escuchamos de su voz la invocación de las Sagradas Escrituras y de las enseñanzas de San Agustín, quien, hace siglos, reprochaba la costumbre pagana consistente en querer demostrar amor por las personas muertas ofreciéndoles flores y derramando lágrimas.

Concretamente, nos decía: más que con lágrimas, flores y frases, hay que rendir culto a Raúl Leoni elevándose hasta donde lo hizo él en su acción útil y benefactora, contribuyendo a mantener en alto aquello a lo que él dedicó su existencia: la lucha por el mejoramiento del sistema de vida que llevan los más; el impulso de las superaciones que se siembran en el tiempo con destino a recibir de los que vienen detrás la suma de esfuerzos aseguradores de su avance... En fin, un llamado a la conciencia del compromiso social, jamás divorciado o desentendido de la llama espiritual de cada quien, pero entendido por encima de la

suma de las individualidades. Y nada más oportuno y más sano, porque allí todos estábamos con los poros abiertos y la mente despejada, que son dos elementos de notoria utilidad para percibir y asimilar las buenas enseñanzas.

Esas reflexiones, destinadas a quienes nos dimos cita en la Catedral, como hoy aquí, eran para llamarnos más a la acción que a la contemplación de lo que Raúl Leoni fue para su país, para su familia, para sus compañeros y amigos, para sus compatriotas en general, proponiéndonos merecer la condición de seguidores suyos y de leales servidores de la causa democrática atendida y defendida por él sin mengua de tiempo, esfuerzos o sacrificios.

Hoy, aquí en la casa del pueblo de Upatá, en la sede de su Concejo Municipal, pienso que debo agradecer la concurrencia de Uds. a la cita honrosa que nos reúne, pidiéndoles no dejar a un lado lo que ese gran guayanés dejó plasmado en lo más valioso que de él nos quedó: su obra como contribuyente de primer orden en la siembra oportuna de la organización democrática del país y en el aseguramiento de la suma de bienes que se resume en la vida en libertad que hoy día disfrutamos por igual todos los venezolanos, como también su no menos importante obra materializada en cuanto impulsó como promotor sobresaliente de la transformación positiva del modo de vivir nacional.

LA DEFINICION DE RAUL LEONI

“Varón bueno y justo” llamó anoche en Ciudad Bolívar Monseñor Pinto a Raúl Leoni, definiéndolo a tono con lo que a todos nos consta que supo ser en verdad. Y, ¿cómo ser consecuente y leal con alguien que en vida haya sido así? Procediendo conforme a su ejemplo para ir, en el terreno de las realidades, a regar el huerto y cosechar el fruto que él cultivó y sembró con la fe puesta en que a su muerte no quedarían en el vacío los pasos que impulsó.

Esta es, sin duda, una cita espiritual. De recogimiento, si se quiere, que da testimonio de una condición humana digna de exaltación. Pero advirtamos que al lado de ese aspecto íntimo e individual, en nosotros tiene que manifestarse la inclinación a procurar el bien común, a fomentar el tránsito hacia metas cons-

titutivas de estadios avanzados en el devenir del venezolano, y procedamos conscientes de que en el mayor grado que logremos situarnos como contribuyentes del perfeccionamiento de las estructuras económicas, políticas y sociales de la Venezuela que debe contarnos entre sus más fieles seguidores radica la demostración eficaz de nuestra solidaridad militante con lo que Raúl Leoni mantuvo como norte franco de su útil existencia y de su acción provechosa para el interés nacional.

Será la conciencia la encargada de llevar la cuenta de los actos y de establecer el balance cuyas cifras el pueblo siempre sabe manejar a la hora de dar prueba de su soberanía. . .

LUGAR PARA LA CITA SENTIMENTAL

Recuerdo que el 24 de junio de 1979 estuve en este mismo lugar. Y que hablé, como ahora ante ustedes los concejales de Piar, en la sesión inicial de este Cabildo. Vine entonces, trasladándome por vía aérea, desde el Campo de Carabobo, y mis frases, con intención de estímulo, hicieron énfasis en el llamado a la responsabilidad. En lo que se imponía realizar para demostrar que se era merecedor de la calificada y enaltecedora cuota de confianza recibida del pueblo; de este querido pueblo de Uputa con el cual —dije entonces y lo ratifico ahora— todo buen guayanés tiene siempre pendiente una cita sentimental.

La cita de hoy tiene su buena carga sentimental, pero por eso no tenemos razón para evadirnos de la realidad. De lo que nos rodea e invita a poner los pies sobre la tierra. De lo que aguarda por nuestra cooperación. De lo que podría mejorar al aumentar nuestras contribuciones. De lo que, incluso sin depender de nosotros, no se deja de beneficiar cuando propendemos a no incurrir en omisiones de vigilancia y de resguardo referidos al modo de actuar de los demás.

Lancemos pues la mirada escrutadora hacia todos los horizontes y tratemos de ubicarnos en medio del quehacer y del acontecer del país, donde unas veces somos sujetos y otras objetos, pero siempre resultantes de lo que hacemos o dejamos de hacer. Y hagámoslo como deber de conciencia ante el recuerdo para Raúl Leoni, sin dejar de auto-revisarnos dentro de nuestra

característica de cifras de algún valor en el concurso constitutivo del modo de ser nacional.

¿Para qué? Para ver si somos de los que manifiestan sentimientos derramando lágrimas y ofreciendo flores, o si, sin esconder algunas lágrimas y ofrendar el mensaje siempre emotivo de las flores, somos de los que laboramos por el bien común y estamos en condiciones de rendir cuentas satisfactorias en momentos de comparecer y especificar lo hecho en pro del país que a todos nos reúne.

EL LUCHADOR SOCIAL

Para tener un buen comienzo, la mención inicial podemos referirla a las modificaciones que acaban de aplicársele al Código Civil en el seno de las Cámaras Legislativas Nacionales. Porque para el Raúl Leoni luchador social, infatigable e inconforme buscador de fórmulas mejoradas del modo de vivir nacional, esto es algo que no se puede pasar inadvertido.

Al Leoni democráticamente revolucionario y partidario de la sustitución de normas arcaicas e injustas por otras de corte humanizado y actual, se le rinden buenas cuentas —allá en la inmensidad del recuerdo sostenido— cuando se le dice que hemos dejado atrás la chocante determinación que antes impuso clasificar a los hijos y diferenciarlos a causa de la conducta de sus padres, como también hemos dejado atrás el trato legalmente injusto dispensado a la mujer unida en matrimonio al hombre y convertida en madre de los hijos procreados en la unión conyugal.

Su sensibilidad individual y su vocación de hombre público hicieron siempre de Raúl Leoni un soldado al servicio de las mejores causas. En el Congreso fue mucho lo que hizo en ese sentido. En la Cámara del Senado, donde ejerció, conjuntamente por algún tiempo con José Manuel Siso Martínez —otro ilustre hijo de Guayana— la representación popular de nuestro Estado, puso de manifiesto cuáles eran sus ideas en el campo del mejoramiento normativo de nuestra ley. Y en la Comisión redactora de la actual Constitución (aprobada bajo la presidencia del Congreso ejercida por él) formó parte del grupo de juristas que plasmó el precepto conforme al cual todo hijo tiene derecho

en Venezuela a conocer a sus padres y recibir de ellos las atenciones orientadas a su buena y útil formación.

Ese Leoni parlamentario de avanzada fue de los que vislumbró la llegada de este día de justicia social, al amoldarse las disposiciones del Código Civil a las pautas incorporadas a la Constitución desde enero de 1961.

Lo hecho en este sentido interpreta su manera de pensar. Y se ajusta a los principios de humanizada convivencia que son, en fin de cuentas, fundamentación filosófica de la lucha por derribar los obstáculos que dificultan y en veces imposibilitan el desenvolvimiento pacífico de la humanidad.

Al Leoni amigo de la igualdad hecha práctica existencial. Al Leoni amigo de la equidad como instrumento al servicio del respeto mutuo. Al Leoni amigo de la justicia encargada de nivelar los diferentes planos en los cuales se sitúan los seres humanos para distanciarse y agredirse en nombre de diferenciaciones chocantes e inconvenientes, este paso de avance democrático incorporado a la legislación aplicable a la vida esencial de los venezolanos le tiene que llegar, allá en el infinito, como demostración de que no aró en el mar al formar parte de la jornada democrática por cuyos esfuerzos comenzamos a ponerle fin en el país a la manera vegetativa de existir e iniciamos las transformaciones políticas y sociales de las cuales acabamos de consolidar una de las más revolucionarias.

EL HOMBRE PROBO Y AUSTERO

Para rendir honor a un varón que en vida fue justo y bueno y que hizo de la integridad y honradez una constante no limitada por las circunstancias ni por el tiempo, procede hablar de probidad; de esa virtud que es hombría de bien y que tanto influye en el respeto que los actos propios inspiran a los demás.

Leoni fue un hombre probo que, con auxilio de su entereza personal, enfrentó, con sobresaliente serenidad de ánimo, situaciones difíciles. Fue esa característica la que le generó el sosiego que se advertía en él cuando se lo observaba en medio de situaciones controversiales que a otros hacían perder la calma.

Por probo fue austero, en cuanto a sometimiento a normas disciplinarias convertidas en garantía de buena actuación en todos los terrenos.

Probidad y austeridad confluyentes fueron constantes vitales que hicieron sobresalir, entre otras características innegables de su personalidad, a quien, con reparadora justicia, aparece señalado por los venezolanos de hoy como uno de los Presidentes recordados con más respeto y más elevada dosis de aceptación popular.

¿Será posible sostener con seriedad que el buen ejemplo de Raúl Leoni, como gobernante probo y austero que fue, sirve de pauta al actual acontecer nacional?

El contraste se encarga de responder negativamente, porque sobre el tapete de la conducción gubernamental se advierten grandes fallas por cuya consecuencia los encargados de gobernar se hacen cada día menos respetables, al mismo tiempo que las anomalías de carácter administrativo le añaden cuotas de indeseable descrédito al manejo que se hace de la cosa pública.

Cuando se malbaratan los fondos del erario nacional; cuando el déficit adquiere característica permanente en la administración; cuando la distracción de los recursos profundiza en el constante acontecer; cuando se disloca el orden que deberían imponer las prioridades colectivas y es el capricho la explicación para la toma de decisiones aplicadas en terreno de interés general; cuando el valor de lo que se hace cae en tela de juicio porque la mala presencia de procedimientos penumbrosos contamina el ambiente y cubre de sospechabilidad buena parte de la acción administrativa cumplida en el ámbito del sector oficial, el respeto deseable para las funciones gubernamentales sufre grandes mermas y se hace crítica la reputación del gobierno en sí y del sistema que no deja de perjudicarse.

La conclusión de todo esto es que andamos distanciados de la ruta que trajinó Raúl Leoni y que se impone aplicar los correctivos que están haciendo falta para que mejore la conducción político-gubernamental del país y para que sean de la entidad deseable las entregas que reciba la colectividad nacional en demostración de que el régimen democrático es capaz de laborar

en beneficio de la felicidad de todos y es apto para convertir en realizaciones tangibles los esfuerzos prometidos y programados para echar hacia adelante el modo de vivir nacional.

RECLAMO DE SINCERIDAD

Quisiera poder expresarme de otra manera, pero no he venido hasta esta tribuna con el propósito de engañarme y engañar a los demás. Es el imperio del deber el que me sitúa en el campo de la estricta verdad, amén de que sería una irreverencia para con Raúl Leoni hablar desde esta tribuna del Concejo Municipal de Upata —ciudad tan querida por él— y perderme en un rosario de insinceridades mentalmente desmentidas por todos ustedes los que aquí me están escuchando.

Mirémonos en el espejo de la realidad circundante aquí en Guayana y preguntémosnos qué se hizo la prosperidad que tanto impulso tomó en años anteriores.

La respuesta la tenemos todos a flor de labios: ¡está eclipsada! Cedió paso a un estancamiento que ya es marcha hacia atrás, con grandes pérdidas para el fomento regional y la economía nacional.

En apenas tres años la Guayana pujante perdió su rostro risueño y promisorio para adquirir la faz delgada y seca que le comunica la paralización de gran parte de sus actividades productivas.

De lugar de trabajo, con ocupación para todos los de aquí y cuantos venían de afuera, pasó a ser rincón geográfico donde —como en otros del país— campean la desocupación y el desempleo, con sus secuelas devastadoras de hambre, desolación y miseria.

En el campo, los productores rurales la están pasando mal y los campesinos han vuelto a épocas angostas que habían dejado atrás hace más de un decenio. Y en la ciudad, en los centros de población, el ruido del taller y el golpe del martillo forjador de buenas situaciones silenciaron a pesar de la buena voluntad de los moradores porque se paralizaron los proyectos y

las realizaciones que por años dinamizaron el quehacer del Estado Bolívar.

Publicidad. — Empeño en hacer creer que vivimos época de bonanza, cuando la verdad desmiente los falsos mensajes y pone de manifiesto lo que a nadie le es dable esconder: que estamos más distantes que ayer de liberarnos de la condición del país monodependiente del petróleo y que estamos más cerca que ayer del peligro que significa obtener cuanto el pueblo requiere para alimentarse y subsistir del expediente de la importación.

Retórica. — Decir y más decir en cuanto a la implantación de las transformaciones por cuya virtud los desheredados de la suerte alcancen niveles humanizados de existencia; pero, en términos de desgarradora realidad, cada día más agobiados por la disminución del salario real de los trabajadores, por el crecimiento del desempleo y de la desocupación y por el abandono en que están sumidas las clases carentes de medios propios para atender las necesidades de vivienda, de salud y de educación.

La coincidente con esta fecha Convención de Gobernadores reunida en la ciudad capital del Estado nos da la razón al emitir estos juicios críticos fundamentados en el compromiso de resaltar la verdad. Discursos, informes, referencias oficiales a situaciones apartadas de la realidad y muchas recepciones, para ahogar en las festividades el tiempo que debería dedicarse a la búsqueda de las soluciones que se han tornado esquivas como consecuencia del desatino con que actúan quienes deberían demostrar que son aptos para cumplir las tareas propias de los encargados de gobernar.

ESTAMOS EN DEUDA CON LEONI

¿Podrá ocurrírsele a alguien pensar y sostener sensatamente que éstas son buenas cuentas para Raúl Leoni, quien, como Presidente, impulsó la producción nacional, mejoró la economía del país, fortaleció el salario real de los trabajadores y se ocupó, de manera existosa, de ampliar el radio de acción de los servicios de salud, de la educación y del empleo, a los fines de mejorar las condiciones de vida de las más densas capas de población nacional?

De allí que se imponga la necesidad colectiva de las correcciones que quienes son gobierno están obligados a imaginar, a buscar y alcanzar, para que el sistema democrático garante de la vida en libertad no experimente mayores deterioros y se restablezca la fe popular que ha venido mermando por culpa de quienes llevan tres años en el poder acumulando fallas, coleccionando errores, incumpliendo promesas y carcomiendo la base de sustentación por excelencia del régimen de derechos y garantías que es la satisfacción democrática de los gobernados.

Cuando eso ocurra, las cuentas para Raúl Leoni, por lo que él sembró, por lo que él impulsó, por lo que él cultivó, serán más convincentes que éstas de hoy, lamentablemente fallosas en áreas sustanciales del sistema de vida que ahora se ven obligados a llevar millones de venezolanos.

Pero esos correctivos no pueden postergarse para demasiado tarde, porque la marcha descendente de la vida nacional puede caer en picada y sobrevenir el caos que para nadie debemos entender que sea una tentación.

Nada de esto constituye falsa alarma. Es, en suma, una llamada de atención bajo la creencia —y la esperanza— de que no hay propósito de llegar hasta el fondo de este deterioro amenazante de lo que se impone saber resguardar. Y ustedes, hijos de este Distrito Piar, bien saben que no exagero al puntualizar las anomalías que ojalá desaparezcan prontamente para restablecer las condiciones que hace tres años existían en nuestro Estado. Porque así como antes aquí se levantó el polo de desarrollo económico con miras a cumplir funciones de piedra angular del crecimiento nacional independiente del influjo petrolero, hoy día, cuando el denominador común es la depresión y el estancamiento, lo que se respira es desasosiego y desaliento, sintiéndose consecuentemente el malestar ambiental que por desgracia está generando pesimismo en la región.

EL POLO DE DESARROLLO GUAYANES

Aquella estructura levantada aquí en el Estado Bolívar fue un mensaje esperanzador para todo el pueblo venezolano, comprendiendo al industrial y al agricultor, al productor y al comer-

ciente, al obrero y al profesional, al banquero y al ganadero, y Raúl Leoni fue mucho lo que hizo a favor de ellos, sin duda alguna ayudado por su conocimiento y su identificación con el recurso humano que aquí mora y que se caracteriza por la inclinación al trabajo y la perseverancia en el hacer con miras a progresar en proporción a los esfuerzos realizados tesoneramente.

Leoni sabía de nuestras riquezas naturales porque a su abrigo tomó cuerpo el espíritu de lucha que lo caracterizó, y sabía también de la entrega del guayanés a la forja de etapas superadoras fincándose en su espíritu indoblegable y en su resistencia física para afrontar las calamidades propias de la intemperie. Por eso levantó aquí, en Guri, ese monumento a la fuerza de la naturaleza empalmada a la capacidad de emprendimiento que tiene la gente de Guayana. La misma obra cumbre que por no ser ajena a lo que fue él lleva hoy día su nombre en materialización del profundo afecto que existió entre el Leoni que aquí nació y la tierra que le añadió el toque primogenio que en él jamás se vio relegado a planos secundarios.

El contrasentido gubernamental está causando estragos aquí donde antes el acierto tuvo lugar de asiento. Ejemplo claro de tan ingrato acontecer se precisa en lo que está aconteciendo con los yacimientos de bauxita en el sitio de "Los Pijiguaos", ubicado en el Distrito Cedeño de este Estado.

Hasta hace tres años andábamos optimistas pensando que nada impediría la pronta instalación industrial que sirviera para explotar aquella riqueza natural, extrayendo la materia prima para obtener alúmina y surtir la fábrica de aluminio en Caroní. Precisada la riqueza mineral del recurso natural y adelantado el proyecto complementario para la planta de "Interalúmina", nada hacía sospechar el cese de las actividades nacionalistas y la toma de una decisión contraria al interés general del país. Pero hubo el cambio de gobierno y se dio el contrasentido. "Los Pijiguaos" deberán esperar una mejor oportunidad para integrarse al desarrollo de la industria nacional y la planta de "Interalúmina" recibirá en su vientre la materia prima llegada de Africa, de Jamaica, de Guayana o de Brasil.

¡Mayor contraste con la publicidad hinchada de retórico nacionalismo!

¿Qué tipo de cuentas son éstas para un venezolano profundamente identificado con lo suyo —¡con lo nuestro!— como fue Raúl Leoni?

Causa pesar poner estas cosas sobre el tapete, pero aquí acostumbramos decir que la necesidad tiene cara de hereje, y no hay duda de que la necesidad impone descubrir la verdad.

LA ACCION EN EL ESEQUIBO

La verdad que, por ejemplo, surge del análisis actualizado de la situación en que caímos sobre nuestra reclamación en el territorio Esequibo.

Raúl Leoni le asignó a esa reclamación el altísimo valor que le corresponde desde el punto de vista histórico, como también a tenor de la fundamentación jurídica que la asiste, y fue tanta la atención que su gobierno puso al respecto que nos legó el mayor logro alcanzado al efecto: el Acuerdo de Ginebra, firmado por Gran Bretaña, Guyana y Venezuela, comprometiéndose a resolver el diferendo en el Esequibo en forma pacífica y mediante arreglo práctico sometido a las normas incorporadas al respectivo Tratado.

En honor a Raúl Leoni debemos destacar que ese fue el paso de mayor trascendencia asegurado por Venezuela en esta materia, a partir del inicio de la reclamación contra el Laudo de París de 1899, porque Gran Bretaña, que nos había hecho caso omiso durante todos los años anteriores, firmó por primera vez el compromiso asumido a nivel internacional, aceptando la existencia de nuestro reclamo y su validez, ya que de no ser así no tendría explicación el Acuerdo en sí ni la mención expresa del arreglo que a nadie se le puede ocurrir confundir con un desistimiento por improcedencia.

En honor a Raúl Leoni debemos decir que aquel logro de la política exterior de su gobierno fue consecuencia directa de su actitud nacionalista al frente de la conducción de la República; la misma que lo guió a recuperar la isla de Anacoco, en la confluencia del Cuyuní y el Venamo, y a no negar el amparo de la nacionalidad venezolana a los amerindios que, tras el fracaso del levantamiento de Rupununi, a comienzos de 1969, buscaron

refugio aquí en nuestro Estado, huyendo de la cruel persecución desatada por el gobierno guyanés.

Y hoy, cuando nos reunimos para recordarlo con motivo de cumplirse diez años de su muerte, ¿qué podemos decir en relación a lo ocurrido en torno a nuestra reclamación en el Esequibo, que pudiera significar sano aprovechamiento de lo alcanzado por él, con miras a salvar el honor del gentilicio empeñado frente al reto del despojo perpetrado en nuestro perjuicio por el imperialismo inglés?

En la respuesta nos viene como derivación del denominado "Protocolo de Puerto España", muy malas son las cuentas al respecto para Raúl Leoni, toda vez que, en contraste con el aporte favorable a nuestra causa que fue el Acuerdo de Ginebra, el Protocolo de Puerto España materializó el contrasentido de la suspensión del procedimiento acordado en Ginebra, significativo a su vez —en cuanto al mejor interés de Venezuela— del cese por doce años de toda reclamación. Y tal cosa, inaceptable desde el punto de vista de la defensa del interés nacional, surgió después del cambio de gobierno, dando la impresión de que quien sucedió a Raúl Leoni en la Jefatura del Estado no captó lo que ahora nadie niega que es la gran fuerza jurídica del Acuerdo de Ginebra, o que (¡provocaría no pensarlo!) para restarle importancia y significación a ese acto de gobierno de su antecesor (elevado luego a la categoría de ley de la República), dio ese paso en el vacío y nos empujó hacia el terreno indeseable en el cual hoy volvemos la mirada hacia el instrumento firmado por Leoni, sin duda alguna en condiciones de hecho levantadas en perjuicio de lo que nos corresponde defender.

No es cuestión de parcelamiento político-partidista. Es el imperio de la inocultable realidad a cuyo influjo no podemos negarnos de manera racional.

Si el Acuerdo de Ginebra nos favorecía, y tanto es así que hacia él y no hacia algún otro punto estamos dirigiendo nuevamente los esfuerzos en defensa del derecho alegado, ¿podemos calificar de igualmente favorable ese otro acto de gobierno de signo contrario que lo dejó en el vacío durante el extremadamente largo período de doce años?

De las bondades del Acuerdo de Ginebra dan fe incluso los actuales gobernantes de nuestro país, a la vez que de lo desaconsejable del Protocolo de Puerto España da testimonio la opinión nacional venezolana, sin excluir a los actuales gobernantes que descartaron toda posibilidad de prórroga a partir del 18 de junio próximo pasado. Entonces, está a flor de labios la conclusión de que debemos esforzarnos para en lo sucesivo mejorar el balance relativo a nuestra reclamación sobre el territorio esequibo, porque es de signo negativo lo que podemos mostrar ante la memoria de un Presidente que, como Raúl Leoni, condujo con acierto admirable ese problema de gran delicadeza y de profundas raíces en nuestra evolución histórica como país libre, independiente y comprometido a no cesar en la defensa de la incolumidad territorial.

No voy a sostener aquí, en medio de la seriedad propia de esta sesión solemne del Ayuntamiento de Piar, que los actuales gobernantes del país se propongan desatender los grandes intereses nacionales que los venezolanos en general sabemos encartados en el problema de la reclamación del Esequibo, pero sí puedo y debo hacerlo interpretando el sentir y el querer colectivos, reclamar la mayor suma de cuidados para que no volvamos a caer en algo de naturaleza errónea, como lo fue el Protocolo de 1970.

Esa atención debe convocar a los venezolanos en general, reunirlos, mediante adecuada representación, en un punto desde donde surjan las ideas de la conveniencia nacional y surtir, con el esmerado auxilio de la oposición, lo que debe ser el ánimo de la conducta gubernamental. Porque si el fracaso del Protocolo de Puerto España arrancó del procedimiento inconsulto aplicado por quien entonces desempeñaba la Jefatura del Estado, el éxito de lo que se busque hacer al respecto debe tomar aliento del concurso de voluntades que se estructure para dar a la materia el tratamiento que demanda la entidad del asunto que está en juego.

Esta será una buena manera de rendir cuentas a Raúl Leoni, que fue un Presidente amplio, comprensivo y amigo de hacer del ejercicio del poder vía franca para el entendimiento democrático en torno a los asuntos atinentes a toda la colectividad nacional.

LO POR HACER

Propongámonos y prometámonos, amigos de Upata aquí presentes, en nombre propio y en el de quienes nos acompañan en la distancia, materializar en obras de bienestar colectivo el recuerdo afectuoso para Raúl Leoni.

Para alguien que como él vivió en función colectiva, las demostraciones de respetuoso afecto deben ir al pueblo por el cual él se desveló, tomando forma de soluciones para los necesitados con quienes él supo compartir angustias.

Miremos con ánimo analítico su legado como hombre de bien, como hombre justo, como hombre sano, como hombre bueno, como hombre equilibrado, como hombre probo, como hombre templado, como hombre austero, como hombre responsable, como hombre serenamente ajustado al ideario que lo llevó a ceder como individuo ante las exigibilidades del interés común, y, pensando siempre en la deseable superación, conjugemos nuestra admiración por lo que Raúl Leoni fue con nuestra actuación en los mismos terrenos por donde él transitó sin apartarse de la noción de soldado del pueblo que marcó cuanto hizo sin ambicionar más que responder a cabalidad al afecto del cual siempre se supo asistido.

Señores.

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL DOCTOR
MORALES BELLO COMO ORADOR DE ORDEN
EN LA SESION SOLEMNE CELEBRADA POR LA
ILUSTRE MUNICIPALIDAD DEL DISTRITO CARO-
NI DEL ESTADO BOLIVAR, EL 5 DE JULIO DE 1973,
PARA RENDIR HOMENAJE AL DOCTOR RAUL
LEONI, AL CUMPLIRSE EL PRIMER AÑO DE SU
MUERTE.

Honorables señores Munícipes;

Mujeres y Hombres aquí congregados;

Amigos todos:

A 365 días del momento cuando entregamos sus restos mortales a la entraña de la tierra. A un año del adiós colectivo que todo el pueblo expresó con el recogimiento que causan las más profundas conmociones. Al introito del primer aniversario de la muerte de quien, como guayanés esclarecido, sintió vibrar profundamente en sí la fibra inconfundible del venezolano a carta cabal, henos aquí, sobre un pedazo de la patria chica que él tanto contribuyó a robustecer, en cita con nuestra capacidad afectiva y en encuentro con la realidad (que continuamos conformando en atención a sus nobles ideales), formalmente reunidos para rendir merecido homenaje a Raúl Leoni; a ese hombre de estructura interna tan bien construida, que vimos pasar por las más elevadas posiciones de conducción política sin alterar la sencillez de su personalidad y sin dejarse arrebatar por la soberbia, que para otros ha resultado ser condición inseparable del ejercicio del Poder.

LA GRATA EXPRESION DEL RECUERDO CONFORTANTE

Pero no es nuestra actitud meramente luctuosa. No venimos aquí ni estamos hoy presentes en todos los lugares donde ocurren actos de igual naturaleza con lágrimas en los ojos para testimoniar el dolor experimentado ante la desaparición de un ser querido: No. La cita es para reconfortarnos con el estímulo del reconocimiento que los venezolanos de todos los sectores expresan sin mezquindad para rememorar a quien, por su apasionada vocación venezolanista, nada dejó de hacer en el transcurso de su vida fecunda para servir a la causa popular que

abrazó desde temprana edad, y a quien, no obstante los sinsabores y calamidades que esa misma vida le deparó por su entrega a la lucha por la libertad, llegó al fin del tránsito terrenal sin acusar amarguras y sin perder su sencilla bondad, su espontánea generosidad y su culto por el ser humano, así éste se albergara en la más humilde de las criaturas con las cuales tuviese oportunidad de tratar.

La cita es para ratificarnos en el estado de conciencia que siempre debe acompañar a quienes, de alguna manera, ocupan lugar de sucesión en la estela que suelen dejar quienes construyen con sentido de grandeza; quienes laboran pensando en los demás; quienes experimentan la felicidad en la medida en que la proporcionan a los que de ellos la esperan; quienes, sin dejar de ser humanos (y quizás profundizando intensamente la condición de tales), hacen un culto de la protección al débil y observan, con la disciplina que inspiran los credos bien sentidos, el amor al prójimo, en la suprema expresión de procurar el bien común para el hombre amante de la libertad, obediente de la justicia, respetuoso de la igualdad y forjador de las condiciones sociales aptas para la superación de las vallas que detienen el progreso y enervan el empuje de los dotados de sensibilidad social.

Por eso, olvidado del perecimiento material de Raúl Leoni, comparezco aquí, ante esta respetable audiencia popular encabezada por los integrantes de la Ilustre Municipalidad de Caroní, a decir presente en esta hora de máxima vigencia de lo que él enseñó, con sus palabras y con sus hechos, durante la dilatada tarea de conductor que inició siendo todavía adolescente y continuó sin declinaciones, hasta el momento de ceder la finita estructura física que sirvió de albergue a su inmensidad espiritual. Porque a quien vivió para atender la forja del engrandecimiento de una patria que lo situó en lugar cimero y legó como testimonio de su integridad el aporte palpable que no le podrá negar la historia, no se le debe recordar con el contraste lastimero de quienes lloran ante la fatalidad, sino con la expresión demostradora de una fidelidad a toda prueba y hasta en marcha incesante hacia el logro de metas acercadas por el impulso de la obra que le correspondió realizar.

DEL RINCON NATAL A LA VENEZUELA INTEGRAL

Aquí nació, en la Guayana de cuyo vientre generoso hemos nacido también muchos de los presentes, el 26 de abril de 1905, en El Manteco, para luego pasar a Upata, como estudiante de primaria, y a la Capital de la República, donde su presencia en el Liceo, en la Universidad, en la lucha constante por la defensa de los valores auténticos de la incolumidad republicana —con su tránsito por la vida clandestina, por la persecución, por la cárcel y por el exilio— constituyó singular baluarte alrededor del cual se agruparon voluntades y se congregaron esfuerzos en la coadyuvación oportuna para mantener en alto el estandarte portador de la civilidad, del civismo, del patriotismo y de la fe en la capacidad del pueblo para autodeterminarse y asegurar, por siempre, la vía democrática como conductora feliz hacia un sistema mejor de vida para todos.

A corta edad, pues, hubo de saberse desempeñar en la gran ciudad, en la Caracas de abundantes tentaciones, sin dejarse absorber por esa especie de desnaturalización que lleva a mirar con desdén lo que ocurre en la provincia. Por eso no fue uno más de los olvidadizos, sino que, con demostrada fidelidad, se sintió siempre —y como tal actuó— a la altura de la responsabilidad empeñada con la tierra rica pero ayuna de atención para producir a tono con la riqueza guardada; con los compañeros de generación, a quienes las circunstancias sembraron para siempre en el lar nativo y redujeron a mínima expresión como cifras posibles de un engrandecimiento querido por todos; con los amigos, con los relacionados, con los paisanos cuyos hijos crecieron oyendo nombrar a Raúl Leoni como un guayanés de quien Venezuela podía esperar el acometimiento de grandes empresas conducentes al futuro mejor que todos esperaban. Con los venezolanos de todos los costados de la patria, que oyeron antes decir de los espejismos desplegados por el bravío aborígen ante los ojos ávidos, codiciosos, del conquistador obnubilado por la leyenda de El Dorado, pero que luego, con noción de realidad, anhelaron la elevación a posiciones rectoras de la República de un compatriota consciente de la verdad oculta en la entraña guayanesa, para presenciar el despertar del progreso desde el polo de atracción

aquí edificado y proyectado sobre toda la geografía de la patria. Y fiel a todo ello, Raúl Leoni comenzó por luchar contra el dictador de turno, convencido como vivió desde muy corta edad de que quienes le niegan la libertad al pueblo lo mantienen en la ignorancia y le impiden alcanzar estadios de progreso y prosperidad.

EL ADOLESCENTE EN FUNCION DIRIGENTE

Vivía Venezuela el hito histórico de la lucha antigomecista y, en su aurora, allá en el año 1921, aparece Raúl Leoni, con su porte de estudiante liceísta identificándose en el reclamo justiciero con el gremio de tranviarios que en Caracas afrontaba un conflicto laboral cercano a la huelga.

De ese gesto suyo, de solidaridad con quienes reclamaban elementales reivindicaciones relacionadas con el trabajo que desempeñaban en condiciones de inhumana explotación, le advino su primera prisión, que selló para siempre la hermandad que lo unió a los trabajadores empeñados en defender la libertad sindical como inseparable de las libertades políticas, en la realización del Estado de Derecho democrático y como imprescindible para asegurar el mejoramiento del sistema de vida que priva en quienes contribuyen con su esfuerzo, con su músculo y su sudor a hacer realidad el proceso de la producción.

El testimonio de Luis Tovar (uno de los más esclarecidos valores del sindicalismo en Venezuela) rodea de emocionada narración aquel contacto inicial de Raúl Leoni con quienes serían sus inseparables compañeros por rutas diversas de procuración de condiciones superadas de vida para el trabajador venezolano.

En su propia expresión, el Dr. Leoni cuenta así ese capítulo de sus luchas: "Son muchos los años que he dedicado a luchar por la libertad y la independencia económica de los venezolanos. Cuando era apenas un adolescente, mi afán de combatir la opresión política me llevó el año de 1921 a ser huésped de "La Rotunda" de Caracas, la más terrible de las cárceles del gomecismo".

No le impidió su mocedad asumir aquellas complicadas responsabilidades, y, convirtiéndose en ejemplo digno de seguir, desafió al sátrapa y buscó romper las cadenas, abrir brechas en cercos asfixiantes, derribar murallas de opresión y despotismo, para construir la Venezuela que dejara atrás al analfabetismo, educara a sus hijos, los preparara para ser útiles y se empinara por el camino del progreso que la sacara de la vida pastoril que entonces la caracterizaba.

Eran los tiempos de la férrea tiranía gomecista (prolongación forzosa de la hegemonía de la espada impuesta por los aventureros acaudillados por Cipriano Castro), cuando el salvajismo y las sombras siniestras de "La Rotunda" y de las ergástulas del San Carlos y de Puerto Cabello constituían dique de contención frente a la impulsividad generosa de la muchacha universitaria. Y Raúl Leoni, con la sensibilidad que le comunicara su condición de oriundo de estas tierras guayanesas y estimulado por la inquietud ambiental en la Universidad, en cuyo recinto se percibía el despertar de la clase trabajadora organizada, se tornó en el joven dirigente embargado por la angustia lacerante de la patria oprimida, haciendo suya la desesperación del pueblo explotado, perseguido y aherrojado, que lejos de atemorizarse ante la satrapía ensoberbecida, buscaba entre sus mejores hijos los más dotados de mayor capacidad de decisión y los adivinaba como portaestandartes de la fe general en la posibilidad de vivir en libertad.

Sus palabras, sus actos desafiantes de las iras de la dictadura, insuflaron coraje y consolidaron la mística de aquella juventud ardiente, impetuosa, decidida, que vivía la tragedia de tropezar en la calle con la negación, viva y contundente, de la enseñanza de los textos y de las lecciones de algunos pocos profesores que con dignidad regentaban la cátedra en la Universidad.

EL FARO SUBLIME DE LA FEDERACION DE ESTUDIANTES DE VENEZUELA

Presidente del Centro de Estudiantes de Derecho y de la Federación de Estudiantes de Venezuela (aquella F.E.V. glo-

riosa en la que, posteriormente, muchos marcamos —aquí en la provincia— inolvidables peninos en la que se nos volvería entrega irrevocable a la defensa de la causa popular), Raúl Leoni organiza, en 1928, la "Semana del Estudiante", convertida por los acontecimientos sucesivos, junto con la huelga del pueblo de Caracas y el alzamiento del Cuartel San Carlos, en el preámbulo de un movimiento político-social con centro de gravitación en la Universidad Central de Venezuela.

Con su apariencia festiva, la "Semana del Estudiante" tuvo una finalidad definida y trascendental, porque el movimiento político al cual ella dio origen sirvió para fracturar el círculo vicioso constituido en tradición enervante y minimizadora, dando fruto, a la muerte del déspota, a las jornadas de febrero de 1936 y de febrero de 1937, para tomar mayor alcance aún en los logros derivados del 18 de octubre de 1945 y en la patria deslastrada de todo dictatorialismo a partir de enero de 1958.

Además de eso (o quizás mejor por eso), la "Semana del Estudiante" constituyó lo que bien podríamos llamar el bautismo de fuego de Raúl Leoni, perfilado desde entonces como el hombre bien definido, de cuyo espíritu templado y de cuya voluntad debíamos derivar los venezolanos todo el caudal de buenas realizaciones que hizo posible su elevación al ejercicio de la Primera Magistratura Nacional.

LA ACTUACION POLITICO-PARTIDISTA

De la cárcel al destierro, en ese recorrido que no falta en el duro transcurrir de los luchadores políticos dispuestos a correr con las consecuencias de sus propias conductas. Y en la cárcel y el exilio, las mejores lecciones, en ese constante aprendizaje que lo llevó a ser maestro por dedicación de quienes, como él y con él, sumaron voluntad y esfuerzos para hacer realidad el afianzamiento del sistema democrático de gobierno en Venezuela.

Ya de cuerpo entero en la organización político-partidista de su pueblo, Raúl Leoni aparece entre quienes fundan, en 1936 y a raíz de la muerte de Gómez, el "Movimiento de Organización Venezolano" —ORVE—, de cuya sustancialidad surge el

Partido Democrático Nacional —P. D. N.—, de vida clandestina y de profundo enraizamiento en la vida política del país, por haber sido la simiente de Acción Democrática, partido cuyas banderas sustentó Leoni con fervor, hasta el momento de su muerte. Partido en cuyas filas cultivó los mejores frutos de su lucha por la liberación integral del país, y desde cuyos escaños de conducción ejerció el liderazgo, dentro y fuera del territorio nacional, en el mantenimiento y defensa de una actuación que involucraba la dignidad del gentilicio, la elevación de la estima por el modo de ser nacional y el estímulo para la solidaridad como punto de cohesión entre los llamados a mancomunarse en la asunción de las tareas prometedoras de liberación para Venezuela y para el conjunto indiviso de los venezolanos.

SU NO RESIGNACION ANTE LO INJUSTO

Entre los recuerdos que siempre lo asaltaban y que él refería con inconformidad no disminuida por el paso de los años, figuró siempre la anulación de que fuera objeto, en 1937, y mediante proceso de "justicia política no contenciosa", su elección como diputado por este, nuestro Estado. Y lo recordaba en son de protesta, porque pensaba que se le había negado entonces una buena oportunidad para trabajar en favor de su Estado natal, al que siempre fue tan apegado, como lo demostró luego, cuando en 1959 y restaurada la situación jurídico-política quebrantada el 24 de noviembre de 1948, se incorporó al Senado de la República en ejercicio de la representación guayanesa, a la que, con tanto acierto, dedicó todo el período constitucional transcurrido hasta marzo de 1964, cuando le correspondió asumir la Presidencia de la República por voluntad mayoritaria del pueblo en diciembre de 1963.

MINISTRO, SENADOR, CONSTITUYENTISTA Y JEFE DEL ESTADO

En los años anteriores al cuartelazo de noviembre de 1948, cuando la fuerza depuso al Presidente Constitucional don Rómulo Gallegos, Raúl Leoni desempeñó, con lujo de acierto, el Ministerio del Trabajo. No es mera coincidencia que de entonces date el avance irrefrenable de la organización sindical y democrática venezolana.

La contratación colectiva y el sindicalismo libre pasaron a constituir factor tangible de equilibrio en el ambiente convulsionado de la época, y al tener lugar el primer contrato petrolero, el propio titular de la Cartera del Trabajo, impulsado por su vocación de abogado al servicio de los trabajadores, contribuyó esmeradamente a su redacción.

Y es de su época de Senador por el Estado Bolívar el cumplimiento de una obra legislativa que tiene su mayor expresión en cuanto hizo para incorporar a la Carta Fundamental de la República muchas de sus normas rectoras, principalmente en lo que respecta al avance social y al aseguramiento de la institucionalidad democrática que para aquel entonces se encontraba sufriendo los embates de los inadaptados de uno y otro signo extremo.

Esa Constitución, puesta en vigencia el 23 de enero de 1961, cuando Raúl Leoni desempeñaba la Presidencia del Congreso —y de la cual se ha dicho, con certeza, que es la plataforma ideal para la conquista de una sólida e independiente prosperidad nacional, para el afianzamiento definitivo de una democracia funcional y fundamentada en el justo equilibrio y en el aprovechamiento y distribución de la riqueza, a los fines de construir la nueva vida colectiva donde florezcan, al lado de la economía de los bienes materiales, la cultura, las artes, la inteligencia, la concordia y la justicia— es, en mucho, fruto del estudio y del pensar profundo de quien, con amplio sentido de responsabilidad, presidió la Comisión Bicameral encargada de redactar el texto que luego fuera objeto de aprobación parlamentaria.

Después, entrado ya el país en el proceso electoral que proporcionaría la integración de los órganos del Poder Público en el período 1964-69, Raúl Leoni, como candidato de Acción Democrática, se presenta ante el electorado para optar por la Presidencia de la República.

Es de esa época la data de este pensamiento suyo: “Mientras más remunerativos sean los salarios, más justas las condiciones de trabajo, más elevada la educación y más alto el nivel de la salud; en fin, mientras mejores sean las condicio-

nes generales de la vida de toda la población, más halagüeñas serán las perspectivas y más seguras las posibilidades de que en Venezuela podamos edificar, sobre los fundamentos inquebrantables de la democracia representativa, una democracia social”.

Frases de impresionante proyección real y de incontestable valor probatorio en la demostración de la sinceridad característica de toda la actuación pública de Raúl Leoni, porque, como Presidente de la República, su preocupación meridiana estuvo dirigida hacia la paz laboral, sostenida mediante trato justo para los trabajadores; hacia la educación, cuyos alcances extendió, sin mezquindades, democratizándola y poniéndola al servicio cierto de los más y hacia la salud del pueblo, en la que siempre vio un factor insustituible en la procuración del rendimiento requerido para hacer progresar el país.

Electo como fue Presidente, en los comicios del 1º de diciembre de 1963, en fecha 14 del mismo mes y año, expresó en el momento de su proclamación en el Consejo Supremo Electoral: “Seré un Presidente que gobernará para todos los venezolanos y que sólo se dejará dominar por la pasión de servir bien a Venezuela y de no defraudar la fe de los que en mí creyeron. Tengo convicciones firmes, pero soy ajeno a la soberbia y a la arrogancia. Por eso puedo asegurar que gobernaré con sujeción a la libertad y a la humana dignidad, por cuya vigencia he luchado durante toda mi vida. Sin embargo, jamás vacilaré en combatir la violencia con la energía que fuere necesaria para preservar nuestras instituciones republicanas”.

¡Cómo se conocía a sí mismo Raúl Leoni! Ni una palabra desmentida por los hechos. Ni una frase perdida en el vacío. Ni un concepto desmentido por la realidad. Sólo la verdad, antes y después del mando, en demostración inequívoca de que ninguna transformación operó en él la asunción y el ejercicio de la primera Magistratura Nacional, precisamente en este país de vocación y actuación eminentemente presidencialistas.

Quizás ese conocimiento que Leoni tuvo de su propia persona y de las características de su personalidad obedeció a la diafanidad de su conducta, que le permitió realizar, con increí-

ble precisión, el pronóstico de su comportamiento aún ante la complejidad comprometedora de la Jefatura del Estado. Esa diáfanidad de conducta de tan difícil alcance, pero que en Raúl Leoni se daba de manera constante, como lo atestigua el poeta Rafael José Muñoz en estas frases que lo enaltecen como intelectual, como revolucionario y como compatriota de valía: "Fue Raúl Leoni de los líderes que con mayor vehemencia y firmeza se enfrentó a los dirigentes que más tarde dividiríamos A. D., insurgiríamos de manera violenta contra sus líderes y haríamos la guerra más absurda e injustificable contra el gobierno que presidiera Rómulo Betancourt. Leoni supo adivinar nuestras intenciones, supo prever, supo otear el futuro. Por ello, jamás vaciló en rechazarnos de manera terca y casi incomprensiva. Pero en Leoni, en su actitud frente a nosotros, jamás hubo agresividad, sí firmeza, firmeza derivada de su fe en el Partido, firmeza en la convicción de que quienes nos conducíamos de aquella manera estábamos equivocados y que la historia contribuiría a demostrar que su actitud no era producto de un punto de vista reaccionario, sino de unas convicciones sólidas, de un conocimiento de nuestra realidad, de un análisis riguroso de la Venezuela de entonces y de las trabas que encontraría cualquier movimiento que pretendiera violentar situaciones o trasladar a este suelo experiencias de otros países, como trató de hacerlo el MIR con la Revolución Cubana. En aquellas discusiones sobre Venezuela y la política de los dirigentes de Acción Democrática, Leoni siempre estuvo contra nosotros. Los años demostrarían que él estaba en lo cierto y que los equivocados fuimos nosotros".

¡Un hombre de quien se puede hablar así, hasta en relación con circunstancias tan complejas y exigentes, sin duda alguna que corre poco riesgo de equivocarse cuando ensaya su propia apreciación!

Su elevación presidencial no sólo constituyó victoria para el partido que lo propuso, sino que significó la derrota de quienes, alzados en armas e internados en la zona rural, habían buscado hacer triunfar la fórmula del antisistema, tratando de impresionar con la sonoridad del lema según el cual el pueblo

quería balas y no votos para edificar su propio destino. ("Balas sí, votos no", habían dicho los enguerrillados extremistas).

Su ascenso a la Presidencia de la República fue, en tal sentido, el mentís que el pueblo quiso dar a quienes, usurpándose su legítima representación, quisieron negar que las grandes mayorías venezolanas desearon seguir viviendo conforme a las pautas consagradas en la Constitución de la República.

Por eso, al mismo tiempo que ascendió a la Presidencia, consciente de ser el Primer Presidente Constitucional libremente elegido por el pueblo que recibía los atributos del Poder de otro Presidente Constitucional, también libremente elegido por el pueblo y que culminara su mandato, Raúl Leoni entró a ejercer la Primera Magistratura, consciente también de su compromiso de alta entidad con un pueblo al que se sometió a la más dura prueba en el momento decisivo de expresar su soberanía como fuente legítima de Poder.

SU ACCION Y SU OBRA DESDE LA PRESIDENCIA

Y su obra, a la altura de los más exigentes compromisos, puso de manifiesto cómo entendió que gobernar no es hacer creer sino realizar y cumplir para satisfacción de los gobernados, pero no precisamente de los pequeños grupos enquistados al rescoldo de la acción gubernamental, sino de los más crecidos sectores que son los carentes de medios para atender y satisfacer sus más elementales necesidades. De esos para quienes el sitio donde trabajar significa tabla de salvación donde obtener el salario dignificador y los elementos para satisfacer los requerimientos familiares. De esos para quienes la escuela sólo existe en la medida en que el Estado la proporciona gratuitamente, y mejor si con los añadidos de los útiles escolares, del comedor y del ropero, porque de otra manera no la podrían frecuentar. De esos para quienes la medicina oportuna, suministrada en el hospital o en el dispensario gratuito, constituye auxilio indispensable para vencer las enfermedades y escapar de la muerte. De esos para quienes comer no constituye lujo, ni menos aún goce de exquisiteces preparadas para dar gusto al paladar, sino la ingestión de los alimentos de

posible adquisición con los pocos medios a su alcance. En fin, de los millones de venezolanos cuya suerte depende del tino o de la buena voluntad con que los gobernantes cumplan la obligación de administrar los dineros públicos con sentido de servicio hacia el pueblo.

Así se explica que apenas dos meses después de asumir la Primera Magistratura, Raúl Leoni concurre a las Cámaras Legislativas Nacionales a presentar un Programa Extraordinario de Obras que debía constituir un mayor estímulo para la nación y una fuente de gran valía para ocupar a los hombres necesitados de trabajo.

Con la aceleración que así imprimió a la construcción de la infraestructura nos acercó también más aceleradamente a la meta del desarrollo que ya vislumbrábamos al final de su período gubernamental.

Nada de obras suntuarias. Nada de lo superfluo que tanto atrae a quienes buscan más el efectismo que la efectividad. Todo planificado para atender las necesidades colectivas, con sometimiento a un riguroso criterio de jerarquización de prioridades. Acento especial en todo lo referente a la Reforma Agraria, impulsando soluciones para el problema de la tenencia de la tierra, para el mejoramiento social y humano del campesino y para la tan necesaria producción rural. Vías terrestres y obras de vialidad urbana; caminos vecinales y vías de penetración en el campo; edificios para educación primaria y ampliación de las aulas ya existentes, edificios para educación media y ampliación para los ya existentes; edificios para educación superior y ampliación de los ya existentes; edificios médico-asistenciales; edificaciones culturales y recreativas; obras de riego; obras sanitarias, viviendas urbanas y rurales. En pocas palabras: obras para servir al pueblo, haciendo práctica de la filosofía que no se conforma con saturar las bondades de la democracia mediante el aseguramiento de las libertades políticas, sino que se empeña en aunar el rendimiento tangible y la satisfacción de las necesidades colectivas a la vigencia del régimen de libertades y derechos.

Aquí, en Guayana, la obra de Raúl Leoni se hizo sentir a plenitud, hasta el punto de que todo cuanto de grande nos rodea culminó, se hizo o nació bajo su próspera administración. Y eso no ocurrió porque privara en él un estrecho sentimiento regionalista, sino porque, como guayanés conocedor de la potencialidad que encierra esta vasta cuenca de Guayana, supo levantar aquí las columnas angulares que servirían para extender a toda la geografía nacional las proyecciones de una riqueza que aquí nace pero que debe beneficiar por igual a todos los compatriotas esparcidos en ciudades y pueblos que integran la totalidad de nuestra República.

El mismo lo dijo el 18 de abril de 1964, ante los guayaneses residenciados en el Estado Aragua, que se reunieron para rendirle merecido homenaje. "Pero, al mismo tiempo, nunca he sido partidario de un regionalismo, de un provincianismo desintegrador. He entendido, por el contrario, el regionalismo como un estímulo para que cada región venezolana trabaje por incorporarse más a la Nación y por hacer más grande la venezolanidad".

Y así fue. Nada hizo Raúl Leoni para alimentar sentimientos mezquinos de sus paisanos, pero sí hizo cuanto estuvo a su alcance para llevarle a Venezuela, a nuestros hermanos y compatriotas de todos los rincones del país, lo que encierra la tierra guayanesa y que la hace aparecer, a las alturas de los descubrimientos y avances tecnológicos, realizados hasta este momento, como el lugar más promisorio para hacer del futuro una fuente de vida mejor para todos los venezolanos.

Allí está la obra cumbre de la Presa del Guri, en el Cañón del Necuima, digna de admiración, radiante de grandeza, y la cual, unida en complejo hidro-eléctrico a Macagua, es capaz de generar más de 4.000 millones de kilowatios-hora y de hacer figurar el sistema entre los que merecen mención a nivel mundial. ¿Pudiera alguien minimizar esta gran obra y calificarla como de complacencia presidencial para con su lugar de origen? ¡Jamás! Porque lo que ella significa para el desarrollo nacional no puede entenderse retenido en los lindes del Estado donde nace para proyectarse por todo el país.

E igual podemos decir del complejo Siderúrgico del Orinoco, que amplió todas sus áreas de producción gracias al concurso de la energía del Guri y que promete ser un auténtico polo de desarrollo nacional cuando se intensifique la explotación del mineral de hierro y salgan de aquí todos los productos que aún importamos para atender la necesidad nacional de hierro y acero. "Ese complejo industrial del hierro y del acero que a pocos kilómetros de aquí levanta sus cimientos —decía el Presidente Leoni al celebrarse el bicentenario de Ciudad Bolívar— echará definitivamente las bases de una sociedad ajena a la búsqueda azarienta del diamante en la época de la bajada de los ríos o de los filones de oro con que se sueña todavía. Guayana tiene que prepararse para hacer frente a esta profunda transformación, que traerá consigo no sólo un hondo incremento demográfico, sino que requerirá un tipo de trabajador distinto y capaz de responder al reto que nos lanzan las grandes posibilidades de nuestra tierra".

Así vislumbraba el guayanés Raúl Leoni la transformación de nuestro Estado en función del desarrollo nacional y como estímulo para el elemento humano atraído por la apertura y crecimiento de un mercado de trabajo exigente de la preparación técnica e imposible de satisfacer con el solo arrojito de la inclinación por la aventura.

Leoni quería una Guayana produciendo riqueza para el bienestar de todos los venezolanos y añoraba ver las nuevas generaciones de compatriotas formándose en las enseñanzas de la tecnología para aumentar a mayores escalas esa producción destinada al beneficio colectivo.

De allí sus palabras cuando le correspondió inaugurar la Planta de Aluminio, aquí en Puerto Ordaz, el 14 de octubre de 1967, y dijo: "Por ahora estoy seguro de que esta gran empresa del desarrollo venezolano, afincada en esta prodigiosa tierra guayanesa, culminará en la construcción de esa anhelada sociedad sin injusticias ni desigualdades, que hará de Venezuela la tierra de promisión para quienes aman la dignidad, la libertad y la independencia de los pueblos".

Grandes pensamientos aunados a la realización de obras de alta utilidad nacional, como lo es el puente "Angostura" sobre el Orinoco, hermano mayor del puente sobre el Caroní. Nada de ejercicios retóricos ni menos aún verborrea meramente especulativa. El Jefe del Estado en función creadora, y el hombre, con profunda formación filosófica, precisando conceptos definidores de la clara conciencia que tenía acerca de sus funciones como ductor de un pueblo en vía de alcanzar el desarrollo.

Una tras otra, fue sembrando de obras reproductivas la superficie nacional, conocedor como era de que el progreso se alcanza mediante aproximaciones sucesivas a la meta ideal. Y, en oportunidad de echar a andar los beneficios de esas obras para la colectividad nacional, las frases certeras en demostración de que se sabía procurador de un porvenir patrio adecuado a los avances de un mundo cada vez más exigente y menos dispuesto a la colaboración por simple sentimiento de solidaridad humana. Así era como hablaba de los complejos industriales y de generación eléctrica de Guayana como conjugación del aprovechamiento hidroeléctrico, de la industria del acero y del aluminio con la construcción de la infraestructura urbana y la incorporación de los cuantiosos recursos agropecuarios del Delta del Orinoco.

Ciudad Guayana supo lo que fue la prosperidad suministrada por el gobierno pujante de Raúl Leoni y Venezuela entera está consciente de que aquí tiene una fuente de engrandecimiento para el progreso nacional.

Ya sus pobladores no son aluviones que se desplazan sin encontrar asidero en las cosas comunes que acercan a los moradores de los centros estabilizados. Ahora existe el enraizamiento y se palpa la realidad de una urbe que superó la etapa inicial de la falta de vinculación entre el hombre y el medio ambiente. La compenetración de las familias que integran la población de esta ciudad promisoría con la tierra sobre la cual laboran y viven de manera cabal es ahora un hecho que le añade perennidad a la idea feliz de su fundación.

Raúl Leoni, como visionario convencido de la necesidad de vincular los nuevos pobladores a la tierra que se buscó desa-

rollar para convertirla en sitio de permanencia productiva, mucho hizo para que esto fuera así. Y hoy, al evocar su memoria, debemos dejar constancia del reconocimiento popular por esa obra suya, grande en dimensión material e inmensa en alcances lindantes con la necesidad de vida mejor y de progreso que anima a los seres humanos.

LA EXPRESION DE SU NACIONALISMO

Nacionalista sin estridencias, Leoni buscó siempre mejorar lo venezolano y los venezolanos para comunicarles una mayor valía frente al interés controversial extranjero.

Volvamos a recordar su participación en el año 21, al lado de los trabajadores en conflicto con los patronos ingleses amparados por el dictador de La Mulera. Recordemos su asesoría para los trabajadores petroleros, apenas las condiciones políticas del país permitieron pensar en la posibilidad de un contrato colectivo que les asegurara mejores prestaciones a quienes laboraban para el negocio más productivo del país. Y recordemos cómo se sintió galardonado por el destino que él mismo contribuyó a construir en la hora feliz cuando le correspondió llevar a término ese contrato en su condición de Ministro del Trabajo.

Con esos antecedentes, Raúl Leoni, Presidente por voluntad popular, tenía que observar la conducta nacionalista que se advierte en su gestión de gobierno.

“La aplicación del principio irreversible de no más concesiones, complementado por la acción dirigida al rescate de concesiones ociosas, la puesta en marcha de la C. V. P., capaz de desarrollar las asignaciones como sistema sustitutivo de las concesiones, son hito que señalan nuestra marcha hacia el futuro...”, había dicho ante el Congreso en momentos de tomar posesión de la Presidencia, y ya el 3 de noviembre del mismo año 64, firmaba el Decreto N° 187, por el cual se reservaba la Corporación Venezolana del Petróleo (C. V. P.) el 33% del mercado interno de los derivados del petróleo y se fijaba un plazo de cuatro años para realizar ese propósito mediante los procedimientos en él establecidos.

Su apoyo irrestricto a la OPEP, aún en momentos cuando algunos compatriotas creían equivocadamente que nada tenía Venezuela que buscar allí. Los reparos formulados a las empresas petroleras a fines de 1965, en reclamo de ciertas combinaciones lesivas al interés de Venezuela, y por cuya consecuencia el país recibió la cantidad de ochocientos millones de bolívares adicionales. La prohibición de exportar petróleo residual ("fuel-oil") a precios inferiores a \$ 1.70 el barril. El establecimiento de los precios de referencia para estabilizar la liquidación del impuesto sobre la renta percibida por las compañías petroleras, y la elevación de la tasa máxima en ese impuesto del 48 al 52%, fueron logros nacionalistas obtenidos durante el período de gobierno de Raúl Leoni, que evidencian su preocupación por mejorar las condiciones bajo las cuales Venezuela participaba en la explotación de sus hidrocarburos. Además, la ampliación de la refinería de Morón, que elevó de 3.000 barriles diarios a 20.000 barriles su producción, y el aumento de su actividad perforatoria hasta alcanzar 30.000 barriles diarios para 1969, así como también las medidas adoptadas en relación con el problema de la desulfuración de los derivados del petróleo, constituyen igualmente demostración de cómo fue verdad que la política petrolera aplicada durante el régimen de Raúl Leoni estuvo signada de claro y auténtico avance nacionalista.

MAS ALLA DE LAS FRONTERAS PATRIAS

Su visión y su deseo de engrandecer a Venezuela llevaron también a Raúl Leoni a patrocinar el establecimiento de la Cátedra "Simón Bolívar" en la Universidad de Cambridge (en la Gran Bretaña), con la finalidad de estimular allí los estudios Latino-Americanos. Y de esa feliz realización se derivó la otra que se concreta en la Beca Raúl Leoni, conforme a la cual un estudiante venezolano tiene un puesto garantizado en esa Universidad de tanto prestigio internacional para seguir estudios de pre o postgrado en el Queen's College que en ella funciona.

¡Qué feliz tenía que sentirse el venezolano Raúl Leoni, nacido aquí en la lejana y legendaria tierra guayanesa, al pro-

yectar el nombre de Bolívar dentro del pensum de una acreditada universidad europea y al abrir el camino para que un compatriota nuestro pudiera acrecer sus conocimientos científicos o tecnológicos con las enseñanzas gratuitamente recibidas en aquel Centro de tanta reputación universitaria!

UN TRANQUILO ESTADO DE CONCIENCIA

Como feliz tenía que sentirse también al poder exclamar ante el Congreso: "Este proceso de afirmación democrática ha sido posible porque en todo momento me mantuve apegado a mi natural inclinación hacia la tolerancia y la comprensión, procurando la convivencia de todas las tendencias, que es el modo civilizado de gobernar cuando solamente se tienen presentes el derecho ajeno y los grandes intereses del pueblo... Al dejar detrás de mí las puertas de Miraflores, no dejo nada que pueda perturbar mi ánimo ni atemorizar mi conciencia. Los corredores y cámaras del viejo Palacio quedan limpios y sin máculas de intrigas y de maldad. Allí no se maquinó ni se fraguó nada contra el pueblo, cuyo verdadero espíritu fue allí siempre el soberano. Siempre se le respetó, se le quiso y se trabajó para él exclusivamente. No tengo nada que temer... toda mi emoción se concentra en un solo deseo y en una sola y ferviente esperanza: la cada día mayor grandeza de Venezuela".

SUS APORTES A LA DEMOCRACIA SOCIAL

Venía de cumplir la etapa cumbre de su propia realización como hombre de ideas y como conductor comprometido en la conjugación del pensamiento con la acción. Venía de plasmar en realidades perdurables y beneficiosas para todos los elevados conceptos que expresó al asumir la Jefatura del Estado y hacer constar su esperanza, su confianza y su fe en el robustecimiento de la democracia social en Venezuela.

El sabía que la aspiración a la libertad es inseparable de la aspiración al bienestar. El sabía que el bienestar social es inseparable del bienestar moral. El sabía que la democracia, como filosofía de la libertad, ha asegurado su vigencia robusteciéndose con las enseñanzas de la vida social conducentes a la

búsqueda de soluciones efectivas para las necesidades del pueblo. Por eso, al diagramar los propósitos esenciales de su comportamiento gubernamental, ubicó en lugar prioritario sus aportes fundamentales para aumentar el ritmo de transformación de la democracia política en democracia política y social; y, por lo mismo, la ejecución de la estrategia nacional, bajo su conducción, profundizó en el influjo de los factores conformantes de la realidad política del país —en su aspecto principista o institucional—, a la vez que procuró y ordenó los medios por cuyos efectos se imprimió al modo de vivir nacional buena dosis de equilibrio facilitador de la tan requerida convivencia pacífica.

No podía olvidarse Raúl Leoni de que el aspecto estructural luce fallo si no se lo hace acompañar por el rendimiento funcional, por el aporte con gravitación en el humano discurrir de los hombres y mujeres que pueblan la nación, que padecen condiciones insatisfactorias de subsistencia, y que, en lo más íntimo, sienten palpitar la queja, la ahogada protesta, por no ver llegar, con la celeridad reclamada por las carencias padecidas, la nivelación consignada en la preceptiva constitucional.

De allí el buen balance de su labor presidencial, traducido en cinco años de aproximación al establecimiento en nuestro país de un régimen político caracterizado por la aplicación de una escala de valores con principio rector en la estima del interés social, del interés general, como prioritario a cualquier otra consideración.

Como Presidente entrante se había pronunciado partidario de la sustentación del orden democrático asegurador de los derechos y de la dignidad de todos, y al dejar la Jefatura del Estado su actuación quedó consignada en los hechos cumplidos en demostración de su lealtad para con lo que predicaba como portador de soluciones destinadas a redundar en el pronto alcance de la Venezuela justiciera que él comenzó a imaginar cuando, a falta de experiencia, lo guiaban la intuición y la Innata buena voluntad.

Trabajó por la humanización del sistema capitalista establecido entre nosotros, planificando y llevando a la práctica

realización de contenido económico-social. Fue así como, durante su gobierno, las tareas de la producción no se cumplieron en o con olvido del mejoramiento social. El Trabajo, la salud, la educación, fueron áreas de sistematizada preferencia en la distribución de los recursos destinados a mejorar el sistema de vida medio de los venezolanos. Y los campesinos, como sector poblacional más necesitado de la tutela estatal, fueron objeto permanente de esmerada atención.

El paso de Raúl Leoni por la Jefatura del Estado dejó tras de sí la huella indeleble de la modernización hoy día apreciable en varios ángulos del quehacer nacional. Su signo como gobernante fue la compatibilidad del régimen de libertades y derechos con la eficiencia social de la Administración, esforzándose, como Presidente, por asegurar el aumento de la producción como fuente de beneficios proveedores de recursos para llevar el bien general hasta todos los necesitados de una vida mejor. ¡Y bastante logró en ese sentido!

SERENIDAD Y FIRMEZA EN LA ACTUACION

Se encontraba Raúl Leoni en ejercicio de la Presidencia cuando se produjo la última segmentación del Partido al cual tanto dio de su propia existencia. Fue para él motivo de humana preocupación ver alejarse del asiento común a compañeros de tránsito extendido, obnubilados, enceguecidos por la pasión surgida del disentiimiento trocado en fuente de guerra fratricida. Pero fue también para él aquel momento oportunidad para actuar con la templanza que requieren las situaciones más allá del diario acontecer. Y se mostró, como otras veces, firme en la condenatoria, de una merma que a nadie se le podía ocurrir interpretar como provechosa para la defensa requerida de la mayor suma de voluntades coincidentes en la identificación principista de la causa por la libertad, la dignidad, la superación, el bienestar y el progreso.

Ni cuanto sostuvo en la dilucidación de las controversias planteadas con ánimo exaltado ni cuanto hizo como figura con ubicación en el núcleo donde repercutían las secuelas del embate, fueron factores de mayor irritación ni estímulos para el

ahondamiento de las inapelables separaciones. Pero nada de eso lo llevó a marginarse de la toma de posición cónsona con lo que era de esperar de su personalidad, de su inquebrantada lealtad para con lo que se veía expuesto a las brechas debilitadoras, y, sin dejarse domeñar por las amenazas de una pérdida circunstancial, sostuvo en alto su mantenida fe en lo que él tenía sobrada razón para saber capaz de sobreponerse a las pasajeras adversidades.

En este primer año transcurrido después de su muerte, múltiples han sido los testimonios espontáneamente manifestados en reconocimiento al sereno valor de Raúl Leoni en esa encrucijada del Partido que fue su ser y su razón de ser como elemento de destacada figuración en la Venezuela cincelada por la vocación libertaria de unos cuantos —y no muchos— como él.

ESPOSO FELIZ. PADRE EJEMPLAR

A ese hombre, en quien la naturaleza depositó tantas cualidades y a quien la vida le exigió verdaderas cuotas de sacrificio antes y después de colocarlo en posición de realizar obra para los demás, la justicia humana le deparó la compañía feliz de Menca, la esposa y amiga, guayanesa también, que formó con él pareja ideal y junto con él procreó los cinco hijos que a ambos sucedieron. Hijos de hogar formado con sentido de responsabilidad y cuidado con el esmero que emerge al natural cuando se obra bajo los impulsos de buena levadura.

EL EJEMPLO A SEGUIR

Para Raúl Leoni, el hombre bondadoso a quien el ejercicio del Poder no endureció ni le mermó su inmensa humana condición. Para el hijo agradecido de estas tierras, que no se limitó a contemplarlas en actitud lírica, sino que se empeñó en hacerlas asiento del gran desarrollo nacional. Para el venezolano perseverante en la práctica enaltecedora de luchar sin descanso por la procuración del bien para los demás. Para el portador de la nueva era que no tardará en alcanzar su bella plenitud en esta confluencia del Orinoco con el Caroní. Para el sembrador del progreso. Para el cultor de la patria engran-

decida con el aporte de sus mejores hijos y con la suma de sus riquezas colocadas en posición de producir para el beneficio de todos, aquí está el testimonio de nuestro reconocimiento, en elevación espiritual que nos sitúa al nivel de lo que fue su vida: un constante hacer para asegurar a los más la equidad morigeradora de los egoísmos y de las exageradas apetencias.

¡Raúl Leon!, que no nos olvidemos de seguir tu huella; que sepamos asimilar tus enseñanzas; que hagamos de tu ejemplo el camino a seguir para no desertar como decididos defensores del pueblo!

Señores.

Ciudad Guayana, 5 de julio de 1973.

**RAUL LEONI:
SU PROYECCION SOCIAL
EN DEFENSA DE LOS TRABAJADORES**

Discurso de Orden pronunciado al cumplirse 14 años de su muerte, ante los integrantes del Concejo Municipal del Dto. Girardot del Estado Aragua, en sesion solemne celebrada en Maracay, el 11 de julio de 1986.

Señoras, Señores:

Son pocas y contadas las personas de quienes, después de su muerte, puede hablarse recordándoselas con sensación de proximidad; sintiéndolas en la vecindad y sintiéndose uno en su compañía, como percibiéndolas latentes en la fiel plenitud del espíritu que, no obstante el correr de los tiempos, las mantiene en imagen, figura y palabra en presencia vital, perenne y alentadora, capaz de producir la sensación irreal de poder vencer los efectos de la desaparición.

Raúl Leoni es una de esas pocas y contadas personas, y, por eso, lo sentimos hoy, como siempre, ocupando el espacio sentimental y cálido que supo ganarse con su manera de ser, desde los albores hasta el final de un ciclo vital caracterizado por su sobresaliente inclinación al humanismo.

La frase del poeta, hablándonos de una proximidad de lejanía, nos ayuda a decir lo que queremos expresar sobre este venezolano ejemplar, de existencia fecunda y luminosa, a cuyo cargo corrió, en etapas de recia prueba, la tarea constructiva del sembrador de ideas y la faena edificante del realizador, en un haz de responsabilidades que lo calificó como merecedor de nuestra admiración y nuestra fé, Haz que también juntó en él la ternura del buen padre de familia y la reciedad del estadista innato y depurado...

Y ahora, ante el reconocimiento imperecedero, múltiple y creciente en todos los confines de la patria, para este hijo esclarecido, el alma sencilla y poderosa que se albergó en su pecho nos convoca al diálogo fecundo, surtiéndonos de la

amplitud de su avanzado pensamiento, de su laboriosa sensibilidad a favor de los débiles sociales y de su titánico hacer en procuración de un más humanizado modo de vivir para los confiados en poder superar sus penurias y sus necesidades valiéndose del legítimo apoyo de los comprometidos a convertir en realizaciones tangibles las promesas formuladas al abrigo de la libertad.

Dos cosas apasionaron a RAUL LEONI con obsesionante fuerza de atracción: la política y la cuestión social; la primera, como un medio de bien colectivo, de dedicación y de entrega total a la lucha creadora, y la segunda, como manera de servir en forma preferente a la masa obrera como expresión del contingente de los trabajadores, para quienes fué, a la par que ductor y líder de extraordinaria significación, un denodado amigo que trajinó por los caminos de la materialización, conjugando la participación en las ideas con los hechos comportantes de riesgos asumidos bajo el convencimiento de la identificación. De allí que no fuera simplemente un estudioso destacado de la cuestión social, sino un luchador de primer orden, sin exclusión de esfera alguna de actuación.

Eso explica que en la Venezuela adormecida de 1921, cuando apenas frisaba los quince años de edad, el joven soñador proveniente de la legendaria tierra guayanesa asumiera responsabilidades desafiantes de la crueldad dictatorial y fuera a madurar sus inquietudes estudiantiles a la masmorra de “La Rotunda” caraqueña, donde su espíritu revolucionario se templó al recibir el bautismo de una fé de la que nunca se apartó por el resto de su luminosa existencia.

Los recios cuadros de la gloriosa Federación de Estudiantes de Venezuela, cuerpo procer de rebeldía, de agitación y de luchas en aras de la libertad, conocieron temprano los aportes de aquel guayanés identificado a plenitud con quienes se enfrentaban a la dictadura y tuvieron en él al presidente que supo mantener en alto el estandarte de la dignidad. Su manera firme y serena de ejercer el liderazgo, en momentos cuando un explicable jacobinismo se apoderaba de las afiebradas mentes juveniles, le hizo merecedor del respeto que nunca dejó de inspirar y le hizo

sobresalir como dirigente dotado de excepcionales condiciones para afrontar con firmeza las más difíciles situaciones. Notoria fué su aplomada manera de enfrentar las complicaciones.

Notoria fué también su inclinación al estudio y a la búsqueda del conocimiento, a los fines de ayudar la madurez en momentos cuando hacía falta ganarle tiempo al tiempo. De allí, que plasmando en testimonio aleccionador el dictado de sus propias reflexiones en una oportunidad:

“...En el exterior, el conocimiento más científico de los problemas sociales nos hizo superar la romántica posición solamente conspirativa y expedicionaria de los días de 1928, y enfocar las cuestiones nacionales con un criterio moderno y socialista”.

En 1937, **Raúl Leoni** padeció en carne propia el vil zarpazo de la fiera arbitraria; sintió la ignominia enseñoreada en la maquinación burocrática y fué víctima de la componenda política que, bajo el antifaz de una existente legalidad, le desconoció la honrosa distinción de ser diputado electo del Estado Bolívar. Y en marzo del mismo año, a consecuencia de su fiel permanencia en el seno de la lucha clandestina, hubo de salir nuevamente al exterior, formando parte del grupo extrañado por el gobierno de entonces a bordo del “Flandres”

Lejos de doblegarse, su espíritu revolucionario le comunicó nuevos bríos y su fé en las posibilidades de redención favorable al pueblo le robusteció la capacidad de esfuerzos, viéndose rodeado por el afectuoso respeto de sus compañeros de causa, ante quienes se creció por su profundidad de análisis y su alto nivel intelectual.

Su afán de superación lo condujo, sin pérdida de tiempo, a los claustros de la Universidad en Colombia, donde hubo de continuar su formación en el campo de las disciplinas jurídicas, a sabiendas como estaba de que en ellas podía encontrar el conocimiento que lo llevara, como lo dijo más tarde, a “dominar científicamente los problemas sociales”, pues, deseoso de profundizar en materia petrolera, organización política y libertad y garantías, la cuestión obrera y el cauce legal de la actividad

laboral le atraían particularmente y hacia ellas miraba con especial interés.

Más tarde, Venezuela habría de contar a **Raúl Leoni** entre sus mejores hombres de ciencia en materia laboral, con marcada inclinación hacia el elemento de trabajo, en el que siempre vió la parte más desguarnecida y, por ende, más necesitada de auxilios especiales que se le tradujeran en consagración de normas legales destinadas a favorecerlo y en funcionamiento de posibilidades ciertas que le ayudaran a materializar en provechoso mejoramiento las expectativas despertadas por el avance normativo incapaz de garantizar por sí sólo las transformaciones significativas de pasos ciertos en materia de evolución social.

Por ello, entre 1937 y 1942 no hubo para Raúl Leoni momento de descanso ni tregua en la estructuración de programaciones obrero-patronales que sirvieran de base a una bien sistematizada organización sindical en el país e influyeran positivamente en el crecimiento de una fuerza laboral capaz de trabajar a favor de su propio provecho y en provecho de la vida en libertad.

En ese entonces estaban en boga, con marcada profusión en América Latina, los principios conformantes del materialismo histórico, proyectándose el Marxismo por encima de los confines del viejo continente, y Leoni, entendiendo que para enfrentar el materialismo mediante la contratesis de la dignidad del hombre y el arraigo de la libertad se hacía necesario profundizar en el campo de las ideas con apertura suficiente como para defender las bondades de la autenticidad democrática sin dejarse atrapar por el fanatismo encandilador, tomó en sus manos las banderas de un sano nacionalismo y enseñó, con la ayuda de la clase obrera del país, que se podía disentir de las teorías exóticas sin caer en la trampa de la guerra fratricida.

La corriente de simpatías y de comunicación nacida al calor de una suerte común contra la dictadura, y el cultivo de la amistad con quienes, igual que él, recorrían como exiliados diferentes regiones del continente, permitió a **Raúl Leoni** establecer la necesaria diferenciación sin asumir actitudes

significativas de enemistad a ciegas y de rechazo prejuicioso de cuanto tuviera punto de partida en las teorías de Engels, de Marx y de Lenín, como inspiradores ideológicos de un vasto movimiento mundial al que Leoni observaba con respeto. De allí, la racionalidad de sus bien definidas e inequívocas posiciones.

Como arquitecto contribuyente del despertar que se albergó en las filas de la militancia juvenil, tomando como asiento la Casona Colonial de San Francisco, había sabido sumar su esfuerzo confluyente sin dejarse aprisionar por separaciones debilitadoras y, de allí que, asistido por la buena experiencia de la pluralidad inicial, volcara su capacidad promotora en el campo de la programación social y echara a andar políticas favorables a la clase trabajadora sin dejarse desestimar magníficos aportes provenientes de quines, sin pensar ideológicamente igual que él, podían y estaban dispuestos a dar estupendas contribuciones que en el momento se necesitaban para hacer germinar la simiente portadora de un nuevo acontecer. Por eso, el reconocimiento generalizado que, desde un principio, se mantuvo alrededor de la figura destacada de este adelantado entendimiento constructivo.

Como admirador de la clase trabajadora, sostuvo con fervor la necesidad de mantener hermanadas la lucha sindical y la lucha política, no para utilizar los sindicatos como centros operacionales de procuración político-partidista sino para hacerlos partícipes de un acontecer llamado a reflejarse en la búsqueda colectivamente emprendida:

“... Participa activamente en la constitución y dirección de la Agrupación Revolucionaria de Izquierda (ARDI), corriente ideológica que a partir de 1936 se expresaría sucesivamente en Venezuela a través del movimiento de Organización Venezolana (ORVE), del clandestino partido democrático Nacional (PDN) y, desde 1941, mediante el legalizado partido Acción Democrática”.

Esa figuración suya entre la vanguardia forjadora de la libertad sin desdibujaciones y sin desentonos, es una característica que

singulariza su participación en momentos cuando las diferencias ideológicas marcaban el papel de cada cual y, dentro de la coexistencia, dejaban a cargo de la manera de pensar la comprensión e interpretación del fenómeno social. Esa singularización hizo posible que Raúl Leoni coincidiera en lo interno con otros cuantos luchadores comprometidos como él con la apertura democrática del país y que en la proyección de las ideas defendiera con ardor su concepto de la libertad integral inseparable de la dignidad absoluta del hombre. Todo ello, en medio del mayor respeto mutuo que, por lo demás, no le restaba fuerzas para predicar sus creencias en la primacía del ser humano frente al Estado avasallador y totalitariamente concebido. Fué por los mismo fiel seguidor de las enseñanzas precursoras del Libertador.

Reconociendo la existencia en el país de una economía de ataduras, perversa y mezquina, jamás cayó en la tentación de acceder ante la extrema izquierda y mantuvo siempre muy en alto la validez de sus creencias en los factores culturales, históricos y tradicionales, a los efectos de rechazar por inconvincentes las explicaciones provenientes del pensamiento marxista. Sin embargo y este aspecto se debe destacar- sus frecuentes contactos con hombres de la talla de Salvador de la Plaza, Ernesto Silva Tellería, Ródrigo Quintero y otros de orientación marxista, le permitieron adentrarse con amplitud conceptual en el campo de los problemas propios de la clase trabajadora y surtirse de una fecunda fuente de información que en mucho influyó en el desarrollo de su inclinación como cultor del Derecho Social.

Su demostrada vocación por el Derecho Laboral no se acunó en la caja de cáudales del egoísmo personal, ni siquiera en el campo del ejercicio profesional, sino que, como vía de realización, estuvo siempre al fiel servicio de su pueblo, plasmándose a diario en el constante trajinar de la defensa efectiva de los trabajadores, para quienes no se limitó a predicar sino que actuó concurriendo a sus filas y confundándose con ellos en la asunción de riesgos adoptados con auténtica vocación patriótica y humana.

Ese es el mayor sentido del reconocimiento imperecedero del movimiento obrero venezolano para Raúl Leoni, porque sin ser el único destacado cultor del Derecho Laboral en el ayer temprano, si fué único en la entrega sin reservas y en la actuación a todos los niveles, haciendo de su prédica el camino a seguir y de su ejemplo personal la inequívoca demostración de la viabilidad de sus teóricas enseñanzas.

Como prócer civil, la vocación humanística de Leoni alcanzó con plenitud en cuanto hizo y dejó constituido a favor de la clase trabajadora del país.

El estamento parlamentario, en la expresión más excelsa de su sentimiento nacional y ante su infausta desaparición, destacó las dotes del estadista y del creador mediante la palabra de orden a cargo del entonces Senador Jaime Luşinchi, quien en frases bien sentidas se expresó de esta manera:

"...Bien está que el Congreso de la República, aquí, donde tantas veces se escuchó su voz rectora, le rinda homenaje, porque así interpreta este Cuerpo lo que pocas veces puede decirse es voluntad mayoritaria de nuestro pueblo: su sentimiento más profundo, la verdad de su dolor...No estamos solos esta tarde al rendirle homenaje al "viejo" Leoni. Aquí están con nosotros los estudiantes del 28, tremolando sus boinas como banderas de libertad. Aquí están con nosotros, con su bronca voz desafiando al mar, los prisioneros del Castillo de Puerto Cabello. Aquí están acompañándonos los campesinos de tierra adentro, que supieron cuanto empeño puso él para darles su Ley Agraria. Aquí están también los obreros venezolanos del petróleo, para quienes él escribiera el proyecto del primer contrato colectivo con las empresas explotadoras del hidrocarburo; aquí están ellos hablándonos de Leoni, conductor de trabajadores, creador de sindicatos, y aquí está con nosotros, permítaseme decirlo, señores, la multitudinaria voz del pueblo y del partido Acción Democrática, acaso su mejor obra como hombre y como político".

La historia, la verdadera historia testimoniante del trascendente acontecer, no se forma con la anécdota pasajera y trivial. Sus páginas se nutren con lo que tiene valor en sí, con lo que cuenta con el piso firme de la autenticidad. De allí su permanencia, de allí su fuerza edificante.

No se forman posteridades cuando falta en esencia el sustento de la verdad. El paso a la historia de Raúl Leoni ante quien hoy, una vez más, nos descubrimos en señal de acatamiento, fué el empuje de la fuerza motriz de su personalidad ayudada en grado sumo por su vocación humanitaria al servicio de los demás. No fué la del apoderado del poder sino la del solicitante del poder para su acceso a niveles superiores de rendimiento colectivo.

Veámoslo retrospectivamente y repasemos sus vivencia como hombre de acción en el campo de las transformaciones sociales surtidas por la proyección revolucionaria fuertemente impulsada por él en el campo de la economía y en la esfera yugular del trabajo.

La Revolución del 18 de Octubre de 1945 fué el rompimiento general con todo un estado de cosas que había venido arrastrándose, como vil y enfermiza prolongación, desde la Venezuela aldeana de los tiempos de Gómez.

Como obra y arte de una indetenible resolución histórica, el pueblo tomó entre sus manos, sin intermediarios mediatizadores, la conducción de sus propios destinos, arrancando con fuerza del cauce tradicional la orientación que deseaba imprimir a sus nuevas proyecciones. Con un convencimiento entusiasta y promisorio, avanzó a trancos por encima de los obstáculos que hasta entonces se le atravesaron en el camino, y, haciendo de forjador consciente de las responsabilidades asumidas, sacó fuerzas de su propio interior para llegar con prontitud a las metas presupuestadas. No por casualidad figuró entre esas metas, en el lugar prioritario que le correspondía, el desarrollo de la actividad sindical como la vía más expedita para llevar a los trabajadores las promesas comprometidas de la Justicia Social. Y no por casualidad la Revolución de Octubre depositó en las manos de Raúl Leoni todo cuanto se propuso hacer a favor de los trabajadores del país.

Así quedó plasmado, en materia sindical, el testimonio histórico que Venezuela requería para justificarse y justificar el cambio operado en varios contornos de la vida nacional.

Por las características de la época, hasta entonces era

incipiente el movimiento sindical organizado del país, sin que resulte exagerado decir que el factor trabajo carecía de importancia frente al capital.

Aceptada con debilitadoras limitaciones la expresión de la soberanía popular, todo cuanto con ella se relacionaba sufría la merma de lo fundamental, y aún fijando la referencia en el campo de la industria petrolera manejada por las transnacionales concesionarias, cabe decir que la libertad sindical tenía la dimensión de la menguada libertad política surtida bajo moldes heredados del ayer que se negaba a desaparecer.

En ese espacio histórico se impone ubicar, indefectiblemente, el proceso de formación que dió inicios a la democratización del modo de vivir de la inmensa mayoría de los venezolanos, porque aunque las oportunidades de realización eran escasas de cosas que ignoraba la promoción social, las enseñanzas de civismo sembraban el aliento que después se iba a necesitar y la tarea rectora asumida por un nuevo liderazgo que despertaba interés al país iba modelando la conciencia llamada a surtir de mística el acontecer por llegar.

Raúl Leoni, como protagonista concursal de la época precedente al hecho revolucionario del 18 de Octubre, formó parte del grupo de visionarios que creyó en las posibilidades de cambiar el devenir venezolano. Como tal, asumió y ejerció la cátedra cívica a lo largo y ancho del país, marcando énfasis en el campo de los trabajadores, a quienes se dedicó con la atención que es propia de los ganados por las excelsitudes de la causa popular. La trilogía viviente en él, de dirigente político, de abogado laborista y de ser humano dotado de vibrante sensibilidad, le abrió anchurosamente las puertas de la actuación, cubriendo con creces el espectro que escogiera por razones de vocación e identificación.

Es interesante recordarlo tratando de hacer proselitismo entre sus viejos amigos del Estado Bolívar, a los fines de sumarlos al inicio acciondemocratista, pues, ante el escepticismo manifiesto y la falta de voluntad para asumir las tareas fundadoras, con envidiable fé carbonaria los invitaba a tomar la decisión

echando a un lado la indiferencia o la abstención, la comodidad o la irresponsabilidad, destacándoles la culpa en que incurrían al no ocupar las posiciones que dejaban a merced de los que fueran más audaces.

Son históricas las conversaciones de Raúl Leoni en la Ciudad Bolívar anterior a los años cuarenta, tratando de fomentar la idea partidista con la que vinculaba y con razón la apertura democrática que se debía labrar. Y es histórica también la respuesta que supo despertar en jóvenes estudiantes y en gentes de trabajo, para quienes la invitación constituyó clarinada auroral destinada a no perderse en el vacío.

Leoni era un convencido de que en la política, como en la atmósfera, nos movemos sin darnos cuenta exacta de que todo lo penetra y todo lo envuelve. Por eso trataba de enrollarlos a todos en la asunción de las tareas fundadoras, pero, posiblemente por motivaciones de ahora fácil comprensión, quienes mejor le respondían eran las víctimas de aquel estado de cosas contra el cual él como otros invitaba a luchar tenaz y cívicamente.

Bajo ese contorno y dentro de esas condiciones imperantes, RAUL LEONI cumplió interesante tránsito de lucha portando la antorcha luminosa de la ayuda de los trabajadores. Se apoyó en la clase obrera para vigorizar lo más posible los frutos de su propio trabajo, pero, lejos de auspiciar la destrucción fomentando la lucha de clases, insistió desde el comienzo en las bondades de la lucha social y abogó por la mancomunidad destinada a fortalecer a los trabajadores sumándoles el concurso de mentalidades progresistas y dispuestas a militar con fidelidad en el campo de los logros colectivos.

Con ese abono, se explica que el movimiento revolucionario de Octubre descansara en él lo mucho que consideró procedente para transformar, con la celeridad que la emergencia requería, las estructuras socio-políticas que hasta entonces privaran en relación con los trabajadores tanto de la ciudad como del área rural; los primeros, incipientemente incorporados a un movimiento sindical que padecía raquitismo, y, los otros,

sumidos a un modo de vivir tan deshumanizado que en la opinión de todos se resumía en la capacidad para supervivir a pesar del abandono, del hambre y de las enfermedades.

La expresión de ese drama humano y telúrico la vemos en imágenes arrancadas del corazón de GONZALO BARRIOS, en el intenso dolor de la desaparición física de **Leoni**, en un acto que él mismo calificó de “rito de la patria que despide a un hijo ilustre”. Allí, en mensaje dirigido a la juventud venezolana, para la cual **Leoni** fué insigne maestro y conductor de conciencias, el Dr. Barrios dijo:

“¿Conocen los liceístas venezolanos de hoy la angustia de iniciarse en los conocimientos históricos y en las exaltaciones del patriotismo bajo la férula de una tiranía primitiva, rodeado de un pueblo pobre, enfermo, ignorante; guardián abatido de una gloria pretérita y tan negada entonces por las realidades, que ya parecía un monumento en ruínas y sin dueño o una leyenda usurpada?...”

A pesar de esa realidad social que reflejaba la mengua de una Venezuela estancada en una profunda crisis institucional, la palabra recia del prócer, empeñado en inflamar cada fragmento de sus discursos y consejos con el sentimiento constructivo del optimismo en función de las sólidas reservas morales del pueblo, buscaba sembrar la esperanza de un nuevo y mejor modo de vivir que él consideraba alcanzable perseverando en los propósitos enaltecedores:

“...Mientras más remunerativos sean los salarios, más justas las condiciones de trabajo, más elevada la educación y más alto el nivel de la salud...Más halagueñas serán las perspectivas y más seguras las posibilidades de que en Venezuela podamos edificar, sobre los fundamentos inquebrantables de la democracia representativa, una democracia social”.

¡Qué mensaje más hermoso y más digno de una mente forjada en la disciplina de los grandes valores y para el equilibrio y la igualdad de todos!.

Fué una tarea ingente y plena de viscosidades la emprendida por **Raúl Leoni** en la alborada de Octubre, cuando asumió las responsabilidades históricas siguientes a su actuación de procurador, en el campo de la oposición, de condiciones más humanizadas de trabajo para los portadores del músculo en el proceso de producción.

No venía simplemente de la reflexión universitaria ni de la pasantía por un cargo burocrático que tuviera que ver con las relaciones de carácter laboral, venía del sindicato, de los cerros y quebradas donde moraban los trabajadores; de la forja diaria en el taller y del diálogo amistoso con el sudoroso peón de fábrica, que vió en él, por primera vez, un dirigente político desdoblado en interlocutor deseoso de apreciar y defender su verdad. Venía de estudiar Derecho del Trabajo en los textos didácticos de la Universidad y de sufrir, al lado de los trabajadores, las condiciones de vida que se veían obligados a llevar. Venía de aprender Derecho en los libros y de entender la sed de Justicia que padecían los desheredados de la fortuna. Venía del campo petrolero, pero no como invitado de las transnacionales sino como visitante amigo del obrero portador de las ropas manchadas de aceite. Venía de la hacienda explotada por el dueño a través de la explotación inmisericorde de los encargados de labrar la tierra. Venía de luchar, sin escogencia de los campos de acción, por el arraigo cierto de la libertad.

Sabía toda la verdad, y a ella debía responder con las fuerzas de sus propias convicciones.

Por todo eso, los trabajadores esperaban de él, y con razón, demostraciones de rendimiento significativas de incorporación a la dinámica social del país, con presencia efectiva de sus dirigentes naturales en los cuadros encargados de tomar decisiones. Y a fé que no fueron defraudados, porque, gracias al nuevo acontecer, los dirigentes de la clase trabajadora del país pasaron a ocupar posiciones destacadas en los más altos niveles de la conducción nacional, quedando atrás la época de la oscuridad y el abandono, para dar paso al cambio estructural que hizo Luis Tovar, Augusto Malavé Villalba, Francisco Olivo, José González Navarro, Humberto Hernández, Juan Herrera,

José Bernardo Pérez Salinas y otros destacados viejos robles del movimiento sindical venezolano, reales y auténticos dirigentes del país, reconocidos como capaces de aportar sus valiosas contribuciones en la búsqueda de una felicidad colectiva íntimamente ligada a la clase trabajadora tan dignamente representada por ellos.

Leoni supo responder al compromiso contraído porque como dirigente político vivió a plenitud las enseñanzas de su propia formación. Como ciencia y como arte, la política le enseñó las doctrinas y principios con los cuales ejercitarse en una de las más complejas ramas del saber, a la par que las técnicas y habilidades para la aplicación de aquellas enseñanzas sin atender contra los valores morales integrantes de los postulados fundamentales de la Ética.

Por haber sido un político honorable, ganó bien merecida fama de buen político y, en su condición de tal, participó en la apertura del proceso histórico en el cual cumplió papel protagónico porque, ubicado en el terreno de las realizaciones, demostró condiciones y aptitudes para llevar a la práctica lo que con tanto fervor había predicado.

Su abnegación, su férrea voluntad y un coraje para enfrentar vicisitudes le sirvieron de apoyo para triunfar, y ese triunfo se materializó en el cumplimiento de lo que procedía hacer para que nunca más se detuviera en el tiempo el avance de la Justicia Social, en cuyo campo se inscriben los derechos concernientes a la participación de los trabajadores en la orientación y conducción general del país, como también los atinentes a la humanización del modo de vivir específicamente aplicable a la clase por ellos integrada.

De especial significación fué lo que ocurrió en el campo de la industria petrolera, pues, los trabajadores del sector se tenían, dada la relatividad de las circunstancias, como asistidos de condiciones de trabajo francamente halagueñas; pero llegado el momento de la revisión y colocados los trabajadores en posición de defender -con el decidido apoyo del gobierno- los

derechos que se les debían reconocer en relación con sus aportes para las concesionarias que se beneficiaban con el producto del sub-suelo, se lograron incorporar mejoras sustanciales a la relación correspondiente y así se fomentó un mejoramiento laboral que progresivamente fué tomando cuerpo en otras áreas de la producción venezolana.

Escrita por **Rómulo Betancourt**, en sus juicios críticos sobre la Venezuela del 45, encontramos esta dramática narración como importante testimonio de quien hiciera causa común con **Raúl Leoni**, en la noble barricada de la lucha a favor de la clase obrera nacional:

“...Durante tres años dejaron de ser parias los trabajadores del petróleo. Hasta octubre de 1945, sus organizaciones gremiales llevaron una existencia lánguida. Las compañías eran reacias a negociar con los sindicatos y fué en noviembre de 1945, después de la Revolución, cuando suscribieron con los representantes de los trabajadores el primer contrato colectivo.”

Para ese entonces Raúl Leoni desempeñaba el Ministerio del Trabajo.

Dice un viejo adagio latino que “a confesión de parte, relevo de pruebas” y si la Creole Petroleum Corporation admitió, en sus famosas Memorias de 1945, haber estado en contacto y conversaciones con la Unión Obrera; en materia por demás trascendente para la evolución sindical y para el paquete reivindicativo asomado por los trabajadores al grupo patronal, y que sólo pudo “negociar” cuando llegó Acción Democrática al poder, ello se debió, sin duda alguna, a la preponderante intervención de Raúl Leoni, desde la más cimera de las posiciones oficiales, y a su marcada inclinación a favor de quienes, confiados en él, presionaron para alcanzar las reivindicaciones demandadas.

Por sus conocimientos en la materia y por su identificación con la clase trabajadora del país, **Raúl Leoni** marcó época como Ministro del Trabajo, no sólo dinamizando y modernizando las estructuras y los procesos administrativos relacionados con la libertad sindical sino la normativa toda que bien sabía obsoleta e incapaz de servir a cabalidad en un gobierno revolucionario del cuál él formara -como formaba- parte.

Rómulo Betancourt nos da una idea del estado de cosas reinante para la época, en su obra "Venezuela Política y Petróleo":

"Los Departamentos Legales de las empresas tenían organizada una maquinaria eficaz para triturar con incisos de Códigos y mañosos recursos de Tribunales las justas aspiraciones de los obreros a mejorar sus condiciones de vida y de trabajo. Eran pocos y no siempre sordos a la tentación del cohecho de las empresas, los Inspectores de Trabajo que en los campos de producción velaban por la recta aplicación de las disposiciones legales. Las autoridades civiles en las zonas petroleras se comportaban con frecuencia más como empleados de las compañías que como servidores del Estado. El cambio que se realizó en esa situación de los trabajadores del petróleo, deprimente para la nación, fué inmediato... A través de los cauces pacíficos de la organización de sus fuerzas y del planteamiento de reclamos a las empresas, aplazados durante décadas, sí comenzó de inmediato a exteriorizarse la voluntad del proletariado petrolero de alcanzar reparadora justicia".

El curso existencial de **Raúl Leoni**, como luchador social y como hombre de Estado, se surtió de manera definitiva de su condición de dirigente político comprometido con el progreso cierto del país. De allí la tangibilidad de sus realizaciones y de allí su actuación más allá de las proposiciones consignadas en el papel. Su noción del poder lo llevó a personificar al más rendidor Ministro del Trabajo conocido por nuestra historia republicana, y su abundantemente demostrada sensibilidad personal y social lo llevó a ser el Jefe del Estado que con más dedicación impulsó el mejoramiento del modo de vivir de los trabajadores. Justiciero con él, el devenir del país le dispensó tan altas distinciones y recibió de su elevado concepto de responsabilidad las retribuciones por cuya virtud lo inscribió para siempre en los fastos de la historia imborrable.

Reduzcamos, por imperativo del tiempo, el análisis restante a dos momentos estelares de su actuación como hombre público al servicio de la colectividad y circunscribamos la referencia a la reunión del II Congreso de los Trabajadores Petroleros de

Venezuela y al ejercicio de la Primera Magistratura del país, cuando le correspondió iniciar una etapa nueva de gobierno.

“Con un amplio entendimiento encaminado a apagar rencores y odios sectarios, a atemperar las divergencias políticas y a impedir que Venezuela regresara a ardorosas y enconadas luchas que conspiran contra la convivencia nacional y contra la consolidación del sistema democrático, el único capaz de garantizar libertad, dignidad, paz, seguridad y bienestar a los venezolanos...”

Fué el 30 de Marzo de 1946, sin ni siquiera haber transcurrido seis meses de la Revolución de Octubre, cuando Caracas recibió en su seno el II Congreso de Trabajadores de la Industria del Petróleo, como una manifestación institucional que confirmaba los frutos producidos por el ejercicio del liderazgo entre quienes constituían el núcleo de mayor conciencia de clase entre los trabajadores del país. Desde todos los campos dedicados a la explotación del hidrocarburo llegaron los delegados movidos por el interés común de contribuir en aquel despertar que invitaba a no quedarse atrás. Y **Raúl Leoni**, trocado en miembro de la Junta Revolucionaria de Gobierno, titular además del Ministerio del Trabajo, pero inmodificadamente conocedor de aquel sector con el cual había compartido persistentes responsabilidades destinadas a compensar, con esfuerzos organizativos, las fallas y lagunas generadas por el modo de conducirse oficialmente las cosas atinentes a la clase trabajadora, mantuvo su posición ductora para hacer que aquella cita histórica tradujera en fuerza motriz, ascendente y promisoría, la capacidad de cohesión que unos cuantos habían antes puesto en tela de juicio.

La recia personalidad de aquel Ministro, que además de conocido era conocedor de la temática programada para las deliberaciones, fué un puntal de extraordinaria fuerza efectiva a favor de los entusiastas congresistas, no reunidos con afán limitadamente reivindicativo sino con el propósito superior de hacerse presentes en la coyuntura que todo el país quería aprovechar.

Para algunos era utópico querer apresurar los pasos y sacar de aquel Congreso de Trabajadores Petroleros conclusiones significativas de demandas relacionadas con el desenvolvimiento general del país. pero para Raúl Leoni, que con sus propias manos había contribuido a moldear aquel movimiento desde antes de su propio progreso, las perspectivas resultaban prometedoras para penetrar en terrenos en los que algunos "cautelosos" aconsejaban marchar muy moderadamente.

La inspiración de Leoni condujo a tratar sobre la liberación del país del sometimiento a poderes extraños y a la oligarquía nacional que se había enriquecido sirviéndole de apoyo al capital de afuera; hablar de democracia efectiva, denunciando como fórmulas mediatizadoras las sostenidas para mantener en vigencia postergaciones inconvenientes para los trabajadores con derecho a no seguir siendo marginados; como hablar también de la imperiosa necesidad de rescatar decididamente la moral pública, maltratada y desacreditada a consecuencia de prácticas y procedimientos dañinos a la fé popular que se debía robustecer.

Todo ello como proposiciones para el país de parte de quienes, aunque marginados hasta entonces, demostraban que sabían pensar y sentir hondamente la suerte de la patria.

La observación conduce a apuntar que aquel momento histórico fué para nuestro prócer fase singular de vital realización, haciendo de la acometividad práctica de la fuerza laboral cantera de significativa valía para la transformación estructural en la cual estaba empeñado.

No en balde el Dr. **Gonzalo Barrios**, agregando una nota singular de exaltación de valores de aquella preclara personalidad hecha no sólo para la reflexión sino para la acción creadora, dijo, en momentos de emotiva conmoción, que "no era el menor de sus méritos el haber entrado a la historia por la puerta del corazón", a lo que vale agregar que desde cuando apenas frisaba los quince años, **Raúl Leoni**, rara e infrecuente simbiosis de reciedumbre y bondad, tesis y antítesis de la fuerza de la razón y de la nobleza del corazón y del sentimiento, entró, en la espontánea expresión humana de la acción y la conducta

unidas, en el corazón del trabajador venezolano, obteniendo su prédica, con su trabajo y con sus enseñanzas, el fruto de su dedicación traducido en reivindicaciones sindicales y obreras, en evolución institucional, en bienestar para los desposeídos y en el trato humanizado que él siempre les dispensó.

A Leoni se debió que el gobierno revolucionario de Octubre recibiera, con todas las de la ley, un pliego histórico de demandas y justas reivindicaciones clasistas tendientes a mejorar el estado de cosas que se debía superar.

De allí devino la resolución oficial de trabajar en todos los frentes para “poner cese al estado de indefensión en que siempre habían estado quienes extraían el oro de nuestro subsuelo”, ampliándose el radio de acción para comprender, en los propósitos superadores adoptados por la vía del compromiso de buena voluntad, a toda la clase, a todas las mujeres y a todos los hombres dedicados a trabajar, haciéndolos extensivos por igual el reconocimiento debido a la condición humana en todos presente.

La especial dedicación con la cual el gobierno nacional analizó las conclusiones y proposiciones de aquel Congreso Laboral demostró que Venezuela había entrado en la vía de la rectificación para con la gente de trabajo, y los avances que de allí se derivaron, sobre todo en materia económica con proyección en el acontecer general del país, vigorizaron los propósitos de servir a la paz laboral que en aquellos instantes resultaba de necesidad vital para defender el interés común frente a los inadaptados e irredentos que, a manera de factores residuales de conspiración ultramontana, amenazaban con echar las cosas para atrás.

Leoni, con reconocida vocación de trabajo, convertía días y noches en jornadas sin solución de continuidad; multiplicaba sus afanes y desvelos, pero lograba, junto con la paz laboral, como factor de importancia decisiva en la solidificación de los avances revolucionarios, el arraigo institucional de progreso constante que derivó de la aceptación de los derechos adquiridos mediante la fórmula conforme a la cual cuando se

avanza un paso no se puede volver atrás, porque la sociedad lo rechaza mecánicamente...

Un acuerdo interpartes materializó la consolidación, por la vía del instrumento histórico, de la etapa con la cual se selló para siempre el proceso de mejoramiento sin el cual la Justicia Social se ve castrada de su razón de ser.

El 30 de mayo de 1946 se llegó a la conciliación entre el gobierno y los trabajadores. Estaba en puertas el primer contrato colectivo que debía regir las relaciones obrero-patronales en un país abierto al cambio revolucionario pero amenazado por los sempiternos enemigos de abolengo.

No se trataba de una simple contratación colectiva. Tenía que ver con cuestiones fundamentales de la institucionalidad laboral; fué más allá de la ley, rebasándola sin violar la Constitución, para erigir en clase representativa lo que antes era sólo una entelequia retórica expuesta a las maniobras y manipuleos burocráticos.

Leoni se desdobló entonces desde su cimera posición para acatar los dictados de su conciencia, para revivir las viejas luchas y los viejos postulados que sirvieron de excusa a la arbitrariedad para sumirlo en el ostracismo irredento, y, en una efusiva corriente de simpatía y de comunicación con Luis Tovar, del movimiento sindical petrolero, logró para Venezuela el primer contrato colectivo en aquel laberinto impenetrable del oro negro, del hermetismo burocrático y de la negación de clase para las más puras aspiraciones de justicia retributiva.

La minusvalía, las vacilaciones, las palabras carentes de contenido cierto, cedieron ante el empuje de los trabajadores efectivamente ayudados por un Ministro que antes de ascender al Despacho del Trabajo había compartido con ellos los sinsabores de la indolencia oficial.

Las timideces de la normativa legal fueron superadas por los acuerdos fundamentados en la imposibilidad de desconocer la fuerza argumental de los respaldados por la verdad, ya no más

expuesta a tergiversaciones acunadas en la complacencia burocrática de los mentalmente colonizados por el poder económico con asiento en el exterior. Pero todo ello guardando el equilibrio que la sensatez se encargaba de procurar, pues, estar respaldados por la razón y la verdad y contar con el apoyo oficial garantizado por el compañero de causa colocado en posición cimera, no debían conducir al abuso de las prerrogativas, como lo aconsejaba la madurez de clase alcanzada por los trabajadores y como Leoni lo repetía sin cansancio.

Los trabajadores, por intermedio de Luis Tovar, dejaron para la posteridad el siguiente testimonio, revelador de la suma importancia histórica de aquel acontecimiento singular:

“Ha sido un gran triunfo para el proletariado petrolero el que hemos obtenido. En menos de 8 meses de la Revolución de Octubre, hemos alcanzado lo que no había podido lograrse en los 30 años que llevan explotando a nuestra patria, las compañías petroleras. El año 1936, cuando fuimos a la gloriosa huelga petrolera, en la cual demostramos una alta moral proletaria, sólo logramos la limosna del aumento de un bolívar en los salarios; luego volvimos a insistir, cuando celebramos el Primer Congreso de Los Trabajadores del Petróleo, y no logramos nada. Hoy hemos conquistado no sólo reivindicaciones económicas, sino también sociales. Estoy seguro que todos mis compañeros en los campos han recibido con júbilo la noticia del arreglo; primero, por las conquistas obtenidas; segundo, por amor a su patria, y porque sabían que un conflicto huelguístico afectaría a la economía venezolana, haciendo peligrar nuestra Revolución, que la llamamos nuestra porque tomamos parte en ella”.
(Manifiesto del 31.5.1946).

La visión futurista de **Leoni**, no sólo en relación con la Ley del Trabajo sino con todo lo relacionado con la contratación colectiva, lo llevó a colocarse por encima de las motivaciones pasajeras y subalternas de prejuicios cuasi jurídicos, considerando la contratación como complementaria de la Ley, por ser norma específica de protección y tutela. Con ello, Venezuela

avanzó grandemente en su evolución social en materia laboral, como también lo hizo al admitirse, a consecuencia del contrato colectivo petrolero, que la jubilación es un deber para el patrono y un derecho para el trabajador.

“La negociación y la contratación colectiva, instrumento de justicia laboral, ha servido a los trabajadores para conquistar sentidas reivindicaciones económicas, sociales y sindicales, con las que han superado el alcance de las disposiciones de nuestra Ley del Trabajo. Pero ese mismo instrumento ha servido también a la parte patronal para conservar una provechosa paz industrial, único clima favorecedor de una conveniente colaboración obrero-patronal, sin mengua de los derechos e intereses en juego y que tan necesaria es para el cumplimiento de la función productiva que desempeñan las empresas y establecimientos industriales”. Así pensaba Raúl Leoni equilibradamente en torno al avance de la política laboral del país, haciendo referencia específica al sindicato de la manera siguiente: “Nuestro sistema democrático atribuye al sindicato una gran función social que no se circunscribe solamente a la defensa de los intereses económicos de los trabajadores, sino que va más allá y abarca también la defensa de sus intereses sociales...”

Por lo mismo y ya desde la Jefatura del Estado, urgía a los legisladores a rendir en beneficio de esos compatriotas a quienes quiso entrañablemente, diciéndoles: “Por haber sido Ministro del Trabajo y ser la materia laboral una especialidad que no descuido, mantengo una preocupación constante tanto por el mejoramiento de las condiciones generales de vida de los trabajadores como por el desarrollo de una previsora política que extienda territorialmente los beneficios de la seguridad social a todos los trabajadores de la ciudad y del campo. Por ello, solicito la atención y benevolencia de los Honorables Congresantes para la pronta aprobación del Proyecto de Ley de Seguridad Social, sometido a consideración del Congreso desde mayo del pasado año, que incluye los riesgos de vejez, invalidez y muerte. Confío en que no habrá un solo representante de la voluntad popular que no haga suyos los principios de justicia social que ese Proyecto consagra”.

Es que por su experiencia y por materialización de la ideología democrática que profesó inequívocamente de por vida, Raúl Leoni sabía que al Estado de Derecho no se le debía hacer lucir como mezquino para con quienes estaba obligado a rendir por razones de humanidad y por imperio de la razón, sobre todo cuando constantemente daba fe de que unas buenas y armoniosas relaciones obrero-patronales constituyen uno de los mejores aportes al desarrollo económico-social del país.

La reforma positiva de la Ley de Seguro Social Obligatorio, la Ley del Banco de los Trabajadores y la Ley de Representación de los Trabajadores en Institutos Autónomos y Empresas del Estado, forman parte de la renovación legislativa impulsada por él en constancia de que en la Presidencia de la República se encontraba un amigo auténtico y fiel de la clase trabajadora, para la cual pedía, desde la alta tribuna del Congreso, sitio de honor en la historia contemporánea, por su seriedad y realismo, por su moderación consciente y por su patriotismo sin estridencias, a la par que apegada a la filosofía básica de su razón de ser.

Hondamente identificado con las mujeres y hombres de trabajo, al lado de quienes se realizó en el aspecto más sobresaliente de su ejemplarizante condición humana, cuando hubo de ocurrir al Congreso para hacer presentación del Mensaje de cierre de su período presidencial hizo gala de esa amistad querida y cultivada con esmero, plasmando, con sentimiento digno de la causa que lo inspiraba, estas frases, que leyó con marcada emoción:

“Creo sinceramente que los obreros y campesinos venezolanos han prestado el más valioso apoyo a la evolución democrática del país y al fortalecimiento de sus instituciones y que forman con sus hermanos de las Fuerzas Armadas Nacionales, los dos más fuertes pilares donde se ha apoyado Venezuela para recobrar su libertad y su dignidad de pueblo libre y soberano. Por ello, en éste mi Mensaje final, quiero testimoniar en forma categórica mi inmensa gratitud de Magistrado y de venezolano hacia las clases trabajadoras, reconociendo con sincera complacencia y en todo cuanto vale su contribución al progreso material y a la elevación cívica y moral de toda Venezuela”.

Todo cuanto vino después en la materia fué el desarrollo de aquel proceso evolutivo con punto de partida en lo que ningún otro venezolano puede mostrar como haber suyo en el balance de lo hecho a favor de los trabajadores. Sólo Raúl Leoni, por sensible, por dotado de una excepcional condición humana que lo amistó desde muy joven con la gente de trabajo, por “poseedor de largo historial de buena obra republicana y democrática” como lo dijera Rómulo Betancourt logró dejar a la posteridad tal monumento de laboriosidad patriótica, hecho realidad gracias a la comprensión fraternal y a la confianza mutua que el cumplimiento de tareas compartidas se encargó de generar entre quienes fueron términos inseparables de rendidor binomio: Raúl Leoni y los trabajadores de Venezuela.

Señoras y Señores.-

**RAUL LEONI:
PROCER CIVIL Y HUMANISTA**

**DISCURSO DE ORDEN PRONUNCIADO AL
CUMPLIRSE 14 AÑOS DE SU MUERTE, ANTE
LOS INTEGRANTES DE LA ASAMBLEA LEGIS-
LATURA DEL ESTADO BOLIVAR, EN CIUDAD
BOLIVAR, EL 22 DE JULIO DE 1986.**

A casi tres lustros de la ausencia física de Raúl Leoni, bien está que hayamos hecho un alto en el diario trajinar para pensar en profundo acerca de lo que él significó para la Venezuela que ahora tenemos.

En su sobresaliente personalidad, en su actuación como conductor social y en el digno ejercicio que hizo de la primera magistratura nacional, ajustándose siempre a los dictados de la ética, demostraciones múltiples hallamos de su inclinación a hacer el bien, de su disposición a impartir enseñanzas y de su vocación a ser útil a los demás, para quienes siempre tuvo a mano su humanizada comprensión.

De allí, la inmensa fuente que ha podido depararnos en facilitación de la honrosa tarea destinada a relieves, con propósitos de justicia, los rasgos más sobresalientes de su dilatado cometido al servicio de los requerimientos de la patria.

En la conjunción de esas facetas, fácil es advertir, como característica matriz, que, como conductor, en las diferentes etapas que hubo de cubrir, Raúl Leoni fué en búsqueda de su pueblo para insertarse en él, para identificársele a plenitud y para surtirse de su singular inspiración en la procuración de condiciones de vida más humanizadas para los necesitados de

la ayuda de los demás. Y los hizo en ejercicio pleno de la sinceridad, realizándose en su sencilla manera de ser, en una forja acrisolada de conciencia social que lo armó para llevar adelante las comprometedoras responsabilidades que asumió bajo el impulso espontáneo de su buena voluntad.

En su vida individual y en su vida de relación, la hondura sentimental y ética fué constante que sirvió para caracterizarlo, sin disminuir en forma alguna la templanza con la que se enfrentó a los no pocos capítulos vitales que le exigieron reciedumbre y capacidad resolutoria.

Vivió bien porque hizo el bien, acentuándose como ser social en el ángulo donde más se necesitaba el concurso de los dotados de sensibilidad, sin dejar una mano extendida aunque proviniera de quienes, por intereses subalternos, lo lapidaran y trataran de dañar circunstancialmente.

Con una ideología democrática surtida de buenas enseñanzas, jamás cayó en la profesión del fanatismo, amparándose en su capacidad de reflexión para esquivar las tentaciones del exceso. De allí la tolerancia y de allí la comprensión que, como valores de significativa importancia, lo asistieron en el cultivo del respeto para los demás.

Prueba estupenda de esta cualidad constituyó su actuación desde la Jefatura del Estado, en oportunidad de corresponderle, por sobresaliente imperativo histórico, definir y decidir el camino a tomar en el momento de plantearse la transformación de los vínculos jurídicos que, desde tiempos inmemoriales de Santander, venía arrastrando el Estado frente al poder ecuménico de la Iglesia. Al viejo Concordato debía sustituirlo una regulación moderna que admitiera la dignidad soberana in-partibus y regulara las relaciones entre la Iglesia, como expresión espiritual del Estado Vaticano y el Estado Venezolano, como expresión de una nación soberana, produciéndose en el país una importante discusión a la que se puso fin mediante la nueva normativa.

Raúl Leoni, reconocedor de las bondades propias de la obra

social a cargo de la Iglesia, convencido de que allí radica parte del bien colectivo que a todos favorece y colocado por encima de prejuicios y consejas provenientes de un subdesarrollo cultural que le lucía inconvincente, promovió la nueva relación y, como estadista, enaltecó su pensamiento bienhechor suscribiendo el sentimiento mayoritariamente católico del pueblo venezolano, procediendo de paso a inaugurar un estilo político de francas y cordiales relaciones con los dignatarios de la Iglesia.

Su procerco testimonio recogió de esta manera tan significativo paso cumplido como Presidente de todos los venezolanos:

“Las relaciones del Gobierno venezolano con la Iglesia Católica han mantenido el sello del respeto y la amistosa disposición; tendencia ésta que se ha concretado en un extraordinario acontecimiento como lo es el Convenio de Modus Vivendi celebrado entre el Estado y la Santa Sede y que ya ha sido ratificado por ambas partes. Por otra parte, Venezuela ha contemplado con respetuosa atención las actividades de la Santa Sede en pro de la paz y del bienestar de los pueblos, debiéndose señalar con particular interés la propuesta formulada por el Soberano Pontífice Pablo VI durante su reciente visita a Bombay para constituir, con sumas distraídas de los armamentos, un gran fondo mundial con que ir en ayuda de los países en vías de desarrollo, cuyos pueblos están afligidos por muchas necesidades elementales, la cual ha contado con la simpatía y, de llevarse a ejecución, contaría también con el apoyo del Gobierno Venezolano”.

Leoni, como en sus mayores y propias escalas lo hiciera el Libertador, tuvo en su tiempo una cosmovisión que, como prócer subordinado a la República, lo colocó en posición de trabajar por el bien de la humanidad, sin respetar fronteras.

Bolívar, sin atender vallados, sin diferenciar razas ni colores y en una época de tremendas penurias, cruzó países a lomo de bestia para luchar por una justicia igualitaria que sirviera para consolidar el derecho de gentes en la expresión más cabal del constitucionalismo incipiente de sus tiempos, para combatir la

anarquía y unir pueblos bajo el signo de la fraternidad. Leoni, como un adelantado entre los suyos, vivió la llamada de la vigorizante solidaridad, sobrepasó estancadas etapas de aislamiento, cultivó la siembra de la Justicia Social, creyó en la naturaleza bondadosa de los seres humanos y luchó sin detenerse a medir sus propias fuerzas, por la implantación de un modo de vivir que sirviera para destruir, de manera definitiva, la tesis no compartida por él de que “el hombre es lobo para el hombre”.

El Republicanismo de Raúl Leoni fué el altar en el cual ensayó la materialización de sus mejores intenciones para no desmayar en el cumplimiento de la misión procerca por cuya virtud se alistó como soldado del civismo y se mantuvo fiel en un servicio del que no desertó hasta encontrarse con la muerte.

Buen discípulo de las enseñanzas del Libertador, maceró con sus manos el proceso histórico que contribuyó a dinamizar y abonó, con su formación humanística, el proceso de consolidación dentro del cual cumplió también la función protagónica que hoy nos convoca para su reconocimiento y exaltación.

Jorge Gómez Mantellini, como intérprete acertado de esa fascinante personalidad que definió a este querido prócer de la política civilizada al servicio del bien, nos obsequió, este 5 de Julio, con unas frases que vale la pena repetir:

“Debemos entender su pathos político envuelto en una ética creadora y una moral despojada de retórica. Adentrarnos en su vida fecunda, al cumplirse 14 años de su óbito, es un imperativo de carácter generacional. Es una propuesta de urgencia para la vida, porque su filosofía política abordó la configuración de una nueva forma de colectividad, una nueva forma de diálogo y de inteligencia sobre el sentido del estilo de convivencia. Releer a Leoni, -sus discursos, escritos y mensajes-, es una experiencia muy valiosa que necesitamos. Es una nueva carga de fé tan necesaria para la vigilancia del sentido humanístico de nuestro ser como para tratar no sólo de entender el sistema democrático sino también para aprender a defenderlo y día a día hacerlo más idóneo a las nuevas realidades sociales. Así habremos cumplido con el Presidente Leoni. Nuestro deber es difundir su tesis

atemperadora y a la vez alerta, impedir que ésta se pierda. Todo consiste en que tengamos conciencia histórica de nuestro destino y nuestra misión”.

Pero es que además, como rasgo sumamente singular de la personalidad de Raúl Leoni, debemos celebrar la circunstancia de que su vocación socializadora no desdibujara su individualización ni debilitara su culto a la amistad, su sentido de responsabilidad como esposo y padre de familia y su apertura al trato humanizado, dentro de ese casi sutil engranaje que circunda al hombre como ser individual y lo marca como ser social.

De allí, su auténtica fisonomía y la especial estructuración que de su imagen tomó cuerpo en el pueblo, que lo vió y lo sintió como uno de los suyos y lo admiró a conciencia de que, por su intermedio, se profesaba buen culto a sí mismo.

El pueblo venezolano vió en Raúl Leoni lo que era capaz de producir para no fallar como arquitecto de sus propios destinos, ¡Por eso,, uno y otro se parecieron y se quisieron tanto!

Lo que sí perdió, por influjo de su vocación socializadora, fué todo sustrato de individualismo intrascendente, pudiendo dedicarse, en consecuencia, de manera integral y ejemplarizante, a la causa abrazada con todos los sentidos: a la causa popular, actuando, de manera inequívoca e inquebrantada como procurador del bienestar colectivo. Y ésta es otra característica que demanda histórico reconocimiento porque encarna verticalidad en la actuación, desde los albores de la primera juventud hasta el ocaso.

Sin deshumanizarse -fué, más bien, figura típica de humanización no contemplativa- si entendió que el conductor político debe saberse someter a las imposiciones de la moral pública, la cuál, por pública, no debe interpretarse como extraña al ámbito en el cual se desarrolla el radio de acción particular del comprometido a ejemplificar con su conducta.

Sin posturas de asceta, que de tal no fueron su vocación ni su

dedicación, Raúl Leoni conjugó la eficiencia de su vida pública con las excelencias de lo que debamos entender como su vida privada, haciendo de ambas cosas, con un sentido universal de extraversion, la imagen única por intermedio de la cual llegaba a todos.

Permeabilizado y permeable al pensar colectivo, transcurrió sobre la vertiente del querer nacional reuniendo a su favor opiniones provenientes de las posiciones más encontradas. Tal fué el producto de su homogeneidad.

Todo eso lo ubicó en su posición antagónica a la que suele asignarse a los caudillos e hizo de él un ser sin pretensiones de avasallamiento. Por lo mismo, su moral fué la que el colectivo tiene derecho a demandar de los situados en posición cimera; la misma que se traduce, a cualquier nivel, en comportamiento respetuoso para todos aquellos de quienes se aspira recibir consideración y respeto.

Hubo un algo en el modo de ser de Raúl Leoni que nos hace recordarlo en la memoria en actitud que sirve para identificarlo. Algunos de sus observadores lo han señalado ya como un rasgo romántico indicador de capacidad de abstracción para sobreponerse a las viscidudes. Pero, sin negar que haya tenido de eso, en lo objetivamente apreciable por sus circundantes ese algo mostraba a nuestro prócer en actitud reflexiva que hacía presumir en él la concurrencia, al mismo tiempo, de variedad de pensamientos capaces de transportarlo imaginariamente al infinito, salvándolo de la limitación circunscrita a lo que ocurriera en el instante.

En ese mundo insondable de su profundidad de pensamientos se agitó siempre la visión anticipada de aquello que pudiera sobrevenir, posiblemente para armarse de la fuerza espiritual que le ahorrara cualquier sorpresa en lo que deparara el porvenir.

El testimonio de sus fotografías confirma en el recorrido desde los años estudiantiles hasta las correspondientes a la Presidencia de la República- esa actitud meditativa que excluía

en él todo riesgo de caer en arrebatos e impetuosidades.

Su cordialidad habitual no se vió entorpecida por esa inclinación reflexiva y le sirvió para no ocultar su enternecimiento ante la súplica de una madre, el llanto de un niño o el petitorio de un desamparado.

Lo meditativo hizo de Leoni persona ajena a la soberbia y a la auto-suficiencia.

En oportunidad anterior y en cita de esta misma naturaleza, acentué que “a ese hombre de estructura interna tan bien construída, que vimos pasar por las más elevadas posiciones de conducción política sin alterar la sencillez de su personalidad y sin dejarse arrebatar por la soberbia, que para otros ha resultado ser condición inseparable del ejercicio del Poder”, le debemos habernos dado lecciones de elevada humanización y haber contribuído, de manera convincente, al afianzamiento de la civilidad superadora en nuestro país. Hoy, esa profesión de fé en las bondades de la posición procera, se ve robustecida por la mayor suma de experiencia acumulada.

Y es que Leoni creyó firmemente en la perfectibilidad humana y de las instituciones, acrisolando méritos como prócer del pensamiento, de la acción y de la inteligencia, más por sus propias aspiraciones de hacer el bien en cualquier campo de actuación que por otras virtudes también presentes en su firme personalidad.

Su obra toda, regada perseverantemente con el bagaje cultural e ideológico que acumuló como fruto de su angustia por Venezuela, desde los días aurorales de la Universidad caraqueña hasta los correspondientes al cierre de su fructífero ciclo vital, confirma esta aseveración complementada con el añadido de que su sencillez no fué simple sino alentada por formas humanizadas de grandeza y heroicidad, en la realización de su afán de prócer subsumido en el mundo silencioso de sus ideas y en el cauce exteriorizado de sus ejecutorias como combatiente social, como estadista de alto rango y como hombre corriente, convertido justicieramente en símbolo de las añoranzas de un

pueblo que lo entendió -como dijo Juan Liscano- “hecho fundamentalmente a su medida”.

Por esa sencillez trascendente, Raúl Leoni, el estudiante de boína azul y de fresca juventud; el luchador insobornable contra la opresión dictatorial, el conductor de gentes de avanzada, el congresista, el legislador, el jurista y el hombre de Estado con capacidad para conducir el país por encima de todo tipo de dificultades; inscribió en sus haberes de mayor altitud su connaturalización con la cuestión social, específicamente segmentada en el apoyo para los trabajadores. Y sin dejar de interesarse por la economía, sin dejar de entender que en un país petrolero como el nuestro el oro negro reclama explicable y especial atención; diversificándose en la búsqueda del conocimiento para alcanzar la indispensable noción global de la nación a la cual se está orientando, a consecuencia de su sobresaliente actuación pasó a personificar el líder amigo de las gentes de trabajo y el amigo de los trabajadores que puso su liderazgo al servicio de la justicia equitativa que reclamaba para ellos.

Con esmerada atención, nuestro prócer se inclinó por igual hacia los trabajadores tanto de la ciudad como del área rural, pero advirtió, como era de esperarlo de un claro conocedor de la realidad nacional como él, que la gente del campo padecía una más honda depresión como parte integrante de los débiles sociales con quienes se identificaba a plena conciencia.

Raúl Leoni creyó, empecinadamente, en la gran fuerza moral del campesinado nacional, y esa fé lo condujo a confiar en la posibilidad de triunfar sobre chocantes discriminaciones que hicieron, durante años, de las gentes del campo venezolanos de inferior categoría.

Para él la “siembra del petróleo” no fué una frase sino un proyecto que debía realizarse, a corto y mediano plazos, una vez que fueran restituidos al pueblo sus derechos conculcados y sus garantías reducidas a fórmulas huecas. Por eso, entendió que los planes de “comenzar el desarrollo integral de la producción realmente venezolana”; “echar los sólidos cimien-

tos de una industria nacional”, “refomar el régimen de propiedad agraria”; “aumentar la población y domiciliarla”, y “educar y proteger la salud”, llevaban implícitos, indisolublemente, los sanos propósitos de humanizar el modo de vivir de nuestros campesinos y hacer el producto agrícola nacional una expresión del mejoramiento colectivo y una manera cierta y efectiva de alcanzar la diversificación económica sin la cual continuaríamos sometidos a diversos tipos de tutelas.

Por consiguiente, mientras el hombre del campo viviera desarticulado, en el más profundo abandono, y envuelto en la telúrica tristeza de su orfandad, continuaría siendo el mismo siervo de la gleba, ensimismado en el escepticismo de una causa para él perdida e incapaz de servirle de camino para la redención.

Bajo ese signo deletéreo, el movimiento del 18 de Octubre de 1945, con Rómulo Betancourt y Raúl Leoni como integrantes de la Junta Revolucionaria de Gobierno, se volcó sobre la nación para atacar, en su propia vertiente social, el terrible flagelo del analfabetismo, el latifundio, la explotación inmisericorde del campesino y la errónea utilización de los suelos mantenida por la terrografía tradicional.

Rómulo Betancourt narra así aquella realidad a la cual decidieron enfrentarse:

“...El agrario fué objeto de continúa controversia pública. El movimiento democrático y popular hizo de la necesidad de una redistribución de la tierra una de sus más enérgicas banderas. Y, en éstas como en muchas otras cuestiones vitales para la nación, le correspondió al gobierno que se inició en Octubre de 1945 dar los primeros pasos realizativos. Todo cuanto se encontró al llegar al poder fué un problema agrario tan viejo como la República y el texto de una Ley que no había trascendido la etapa formal de su impresión en la Gaceta Oficial”.

Raúl Leoni, desde el Ejecutivo Colegiado, contribuyó de manera sobresaliente en la formulación de políticas emergentes que

servieran para dar comienzo a la necesaria transformación. Era decidido amigo de la Reforma Agraria y tenía un claro concepto de lo que procedía hacer para poner al servicio de la idea reformadora el recurso humano sin cuyo concurso los planes se quedarían en el vacío.

Conocedor de la materia, entendía que, a espaldas del campesinado nacional, los propósitos de desarrollo integral carecerían de piso firme donde afianzarse.

El diseño habría de encontrar en su camino escollos de difícil superación, ya que el binomio que resultaba dominador en medio de aquellas enclenques estructuras no ofrecía facetas de optimismo para un plazo inmediato; el latifundio, en el régimen de propiedad y tenencia de la tierra, se confundía dramáticamente con el minifundio en el resultado de la producción.

Un informe serio y científicamente estructurado -el famoso Informe Hill- diagnosticó, a las alturas de 1946, que “el problema básico consiste en Venezuela en una excesiva extensión de la tierra en la forma de grandes pertenencias, o sea, que muy pocos agricultores venezolanos son propietarios de la tierra que cultivan”.

Leoni, solidario con Betancourt en emprender una reforma agraria que atendiera las verdaderas necesidades nacionales sin caer en retaliaciones o ejercicio demagógico y desenfadado del poder, contribuyó directa y personalmente en la preparación de los planes a seguir. Fruto de esa colaboración fué el mensaje que, sobre la materia, emitió el Gobierno Revolucionario, el 14 de diciembre de 1945, al manifestar:

“Para que la tierra pueda producir, es necesario que esté en manos de quien la haga producir...El Gobierno Revolucionario tiene un concepto definido de política agraria...La tesis de que el campesino debe ser dueño de la tierra que fecundó con su sudor, enraíza en las mejores tradiciones nacionales. Fué Bolívar el primero que avizó en Venezuela la necesidad de una reforma agraria ...Las tierras serán repartidas, pero en el momento en que el Gobierno cuente con los planes y ordenamientos técnicos que permitan la explotación racional...”

Una manifestación de tal guisa, en un gobierno que está en los albores de la revolución, descartando la improvisación en materia tan delicada, y que somete la planificación de un diseño a los dictados de la ciencia, a la experiencia histórica de otras latitudes y al recurso de la técnica, indica a las claras un procedimiento con pulso y seriedad, como fueron los actos de gobierno rubricados por nuestro prócer, pleno de potestades de raciocinio y con el equilibrio suficiente como para garantizar el racional ejercicio del poder.

La idea no era simplemente retaliativa sino impulsada por los sanos propósitos de mejorar las condiciones de vida que habían llevado hasta entonces las mujeres y hombres del campo, estimulándose el desarrollo del país por intermedio del crecimiento del producto agrícola nacional.

Rómulo Betancourt la precisó de esta manera:

"...La Reforma Agraria la previmos y comenzamos a realizarla como una empresa compleja, total, de múltiples ramificaciones, distinta de la muy simple y fácil de considerar la tierra cual una "piñata" que de un solo impacto contundente se hace añicos, para que cada campesino se provea de un trozo de ella, con la ingenua alegría del niño cuando recoge las golosinas y juguetes de la vasija rota".

Un plan articulado, orgánico, racional, sin persecuciones ni discriminaciones ideológicas, atendiendo criterios de la ciencia y de la tecnología y con una inversión de arranque cercana a los 40 millones de bolívares, con principios vertebrales de estrategia económica y social de absoluta seriedad, hizo entender claramente a la opinión latinoamericana y al mundo de la circunpección y el equilibrio con los cuales Venezuela, en la hora del estallido revolucionario, conducía materia de tan destacados relieves sociales y económicos, vinculados al desarrollo del país.

Raúl Leoni, hermanado en la acción de gobierno a Rómulo Betancourt, contribuyó efectivamente a que las cosas marcharan así, orientado como estuvo siempre, en sus funciones de consejero de los trabajadores organizados del país, por el principio según el cual a la lucha de clases, auspiciada desde otros contornos ajenos a su propia manera de pensar, había que oponer la lucha social prometedora de positivities.

Bajo ese prisma, y sintiéndose consustaciado con la idea de diversificar la economía nacional, a los fines de depender en lo menos posible de la fuente petrolera, cuando, por voluntad del pueblo, ocupó la Primera Magistratura, dedicó esmerada atención a los planes de crecimiento agrícola, pudiendo decir ante el Congreso, en oportunidad de informar acerca de su primer año de gobierno.

“La Reforma Agraria, tal como se la concibe entre nosotros, significa todo un proceso de cambios, no sólo en la estructura de la tenencia de la tierra sino también en la realidad política, económica y social de la Nación Venezolana...Se originaron 700 centros de actividad agraria diseminados en todo el país... 626 asentamientos campesinos...incorporación de 1.465.000 hectáreas de tierra, tanto del dominio público como del dominio privado...78.000 familias beneficiadas...con una inversión de 580 millones de bolívares...el valor total comercializado del sector campesino beneficiado por la Reforma Agraria, alcanza a los 260 millones de bolívares...”

Ritmo de esmerada atención para el producto agrícola que le autorizó a decir, al final de su gestión presidencial, que el sostenido crecimiento interanual del 6,2 por ciento registrado durante el período, fué “consecuencia de una política económica encaminada a estimular el creciente desarrollo agropecuario, mediante la incorporación de nuevas áreas de cultivo y el mejoramiento de las condiciones tecnológicas”.

Circunstancia que colocó a Venezuela en el segundo lugar entre los países de mayor crecimiento agrícola, según análisis emanado de la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO).

Es que, como dijera el poeta César Lizardo, a Raúl Leoni “le dolía la presencia del rancho silencioso bajo el sol que siembra oro en la olvidada esquina de la barriada pobre” y, por eso, se esforzó en cuanto pudo promover y realizar para darle a Venezuela la sensación de saber que no estaba arando en el mar al añorar la llegada temprana de la felicidad prometida. Como igualmente se esforzó, en ejemplarizante alianza con el tiempo,

para superar en lo posible el empirismo, afianzar la cultura y transformar, positiva y radicalmente, el modo de transcurrir la vida nacional.

Como estadista, y en función del tiempo dentro del cual cumplió su actuación, se hizo merecedor del entusiasta reconocimiento que hoy motiva, a los 14 años de su desaparición, las expresiones desgranadas en los sitios donde labora la representación de la soberanía popular, a la que con tanta lealtad sirvió como demócrata sin límite de entrega...

¡5 de julio de 1972! Amanecer del recuerdo ferviente de la libertad, empañado por la tristeza de saber que Raúl Leoni había muerto.

Con su fallecimiento se cumplió el proceso integral de su propia realización, porque el pueblo, en forma de mujer y derramando lágrimas por los ojos adustos de sus mejores hombres, con los niños tomados de la mano, se confundió en la única expresión del dolor que le causaba acudir a despedirlo.

Al descender al surco, recibió el homenaje que le correspondía en rango a la misión vital y trascendente que se impuso como deber. Fué la recompensa agradecida que la colectividad tuvo para él por su valía y su autenticidad como sobresaliente luchador social. Un reconocimiento de amplio espectro, como lo fueron sus ejecutorias, su obra toda, en la constante y fiel dedicación que hizo de su vida para enfrentar los problemas sociales y entregarse a la búsqueda de la felicidad colectiva, haciendo acopio de acrisoladas virtudes cívicas y humanas.

Como prócer civil y humanista, en vida fué en búsqueda del pueblo, para armarse con él e integrarse en la indisolubilidad de su compenetración. Finalizado su ciclo vital, el pueblo se negó a arrancarse un pedazo de sí y se mantiene aferrado a él en el recuerdo, sin que el tiempo le merme sus afectos.

Señoras y Señores.

HA MUERTO LEONI

Por David Morales Bello

A mitad de semana se extinguió la vida de Raúl Leoni, venezolano ejemplar cuyos restos mortales acaban de recibir cristiana sepultura en un ambiente de recogimiento general.

Nacido en la Guayana de comienzos de siglo, desde muy joven se hizo consciente de sus responsabilidades ciudadanas y dio demostraciones de entender el gentilicio como un compromiso que ata la individualidad a la suerte entera de la comunidad nacional de la cual se forma parte.

Los mejores recuerdos de su juventud fueron jirones de su entrega sin reserva a una causa que jamás le sintió flaquear, y el paso del tiempo le resultó fiel aliado en la empresa patriótica de no escatimar medios y esfuerzos para procurar el bien común.

Sus compañeros de generación y todos quienes presenciaron las honrosas jornadas del año 28 contra la dictadura semi-feudal de Juan Vicente Gómez, identifican la presencia de ánimo y la serena decisión revolucionaria de aquellos jóvenes estudiantes conjurados contra el despotismo aherrojador con la figura resuelta de quien, por sus méritos tempranos, ocupó en aquel entonces histórico la presidencia de la gloriosa Federación de Estudiantes de Venezuela.

Quienes de niños, allá en los bancos de la escuela primaria nos deleitábamos escuchando la charla atractiva de los maestros deseosos de enseñar algo más que la lección impresa en los textos, aprendimos a respetar y querer a Raúl Leoni en reconocimiento de su conducta como hombre amante de la libertad.

“José Manuel Siso Martínez es la expresión actual de los hombres de talento nacidos en este emporio guayanés, y Raúl Leoni es la más correcta expresión del hombre recto, cuyas altas virtudes lo hacen aparecer sencillo, llano y amigo de todos”. Así se refería a ese par de guyaneses eximios, dirigiéndose al grupo de alumnos que lo rodeaba frecuentemente en la Plaza Mayor de Ciudad Bolívar, un hombre que dedicó su existencia a la noble tarea de la enseñanza: José Luis Aristiguieta, sembrador de inquietudes y maestro por excelencia, de cuya boca muchos guyaneses cursantes de los estudios primarios escuchamos por vez primera la mención de Raúl Leoni como un venezolano integral cuyo ejemplo debíamos saber seguir para que no disminuyera, con el paso del tiempo, la contribución destacada de nuestra provincia en el engrandecimiento de la patria grande.

Por la sustentación de sus nobles ideales, sufrió persecuciones, cárcel y exilio, con todos sus consiguientes sinsabores, sin que nada de eso hiciera mella en su generosa manera de ser.

Abogado por vocación, realizó el ejercicio profesional con auténtico sentido de función social, caracterizándose por la asistencia espiritual que siempre dispensó a quienes le confiaron sus causas o le solicitaron el consejo oportuno. Jamás incurrió en dejadez de la diligencia que se exige a un buen abogado, y es muy sintomático que a varios años de haber cesado en la atención profesional que se le solicitara, la amistad con quien fuera su defendido acrecentó siempre las buenas relaciones cultivadas con real espíritu de solidaridad. Su desprendimiento material alcanzaba las lindes de lo increíble.

No por una simple casualidad, se inclinó hacia el derecho social e hizo del auxilio a los trabajadores el hito cumbre de su actuación profesional. De su paso como titular del Ministerio del Trabajo quedará el testimonio imperecedero de normas consagratorias de derechos reconocidos pacíficamente a la clase laboriosa venezolana que aún nos mantienen como uno de los países más avanzados en materia de relaciones obrero-patronales. Dentro de la gran confraternidad acciondemocratista, que él ayudó eficazmente a forjar, contó siempre con la ilimitada

amistad del sector de los trabajadores, para el cual jamás dejó de ser el ductor acatado satisfactoriamente y el ser humano capaz de vibrar al compás de la dura realidad que han vivido los hombres y mujeres encargados de alimentar la producción nacional con el aporte invalorable de la jornada de trabajo.

Esa misma inclinación hacia el derecho social lo hizo acercarse, con ánimo de estudio y deseos de servir, al derecho público en general. Su presencia en el campo del derecho penal y la figuración que tuvo como Conjuez de la Sala de Casación Penal del más Alto Tribunal de la República testimonian que tampoco vio con desgano esa rama de las ciencias jurídicas que tan de cerca toca la auténtica condición humana del hombre.

La dedicación con que presidió la comisión parlamentaria encargada de redactar el proyecto de Constitución que luego se convirtiera en la vigente Carta Fundamental de la República, promulgada por el entonces Presidente Constitucional Rómulo Betancourt, el 23 de enero de 1961, testimonia la presencia inquebrantable en Raúl Leoni de un ciudadano dotado de fibra patriótica, cuya misión esencial se compendió en ser integralmente útil a la sociedad de la cual formó parte. De allí que la gran fortuna alcanzada por él en el transcurso de su existencia se resume en la consideración general, en el aprecio colectivo, en el cariño ilimitado, en el afecto extendido y en la adhesión sentimental que le acompañaron a la hora de bajar en paz al sepulcro.

Un hombre así, desligado por ventura de muchos de los defectos que acrecientan la imperfección inherente al ser humano, tenía que ser —como fue— ejemplo y prez en el ejercicio de la Primera Magistratura nacional. Por eso, el Raúl Leoni Presidente de la República, en nada desentonó con el ciudadano esclarecido que en todas las otras altas responsabilidades y en sus relaciones de la vida privada lo hizo merecer el reconocimiento general. Como un buen padre de familia, cuidó de la colectividad nacional y retribuyó en trabajo la confianza del pueblo que lo elevó al más alto sitio que pueda optarse mediante el sufragio universal. Supo conciliar la salvaguarda de los altos valores republicanos con la necesidad de acrecer la convivencia

pacífica. Sin atentar contra la libertad, impulsó la obra material traducida en progreso tangible.

El cometido de su gobierno fue la fiel expresión de cuanto se puede hacer para robustecer la fe del pueblo en las bondades de la democracia. La Venezuela que entregó al concluir el período que le correspondió presidir había fincado ya sus pasos en el aseguramiento de un desarrollo que antes lució ajeno. De allí, que el futuro apunte promisorio en orden a ver en él uno de los factores más determinantes en el progreso del país.

Y si de ejemplo sirvió su conducta pública, en cuanto a padre de familia ocupó lugar preponderante, porque supo ser fiel al compromiso de hacer feliz a la mujer con quien procreó la prole a la cual ha legado el respetable altar donde ofició como gran sacerdote del culto a la moralidad, a la amistad y al amor a la patria.

¡Paz a sus restos e imborrable gratitud por cuanto hizo para bien de todos!

Diario **El Universal**, Caracas, 9 de julio de 1972.



CONCEJO MUNICIPAL DEL DISTRITO FEDERAL

MUNICIPIO LIBERTADOR

Presidente	Jorge Gómez Mantellini
1 ^{er} . Vice-Presidente	José Efigenio López
2 ^{do} . Vice-Presidente	Natacha Ruiz Pineda de Belandia
Secretario Municipal	Rafael Sifontes
Síndico Procurador Municipal	José Gregorio Robertson
Administrador Municipal	Jesús Suárez
Cronista de la Ciudad	Guillermo José Schael
Director General de Información	Luis Eduardó Bello
Coordinador de Prensa	Fernando J. Díaz Martell